

EDICIONES
BISTAGNE

LA VUELTA AL MUNDO



CON DOUGLAS
FAIRBANKS

LA VUELTA AL MUNDO

CON DOUGLAS FAIRBANKS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

La vuelta al mundo

con

Douglas Fairbanks

Sugestiva información del viaje realizado por el famoso artista

DOUGLAS FAIRBANKS

Es un film de
UNITED ARTISTS

Distribuido por
LOS ARTISTAS ASOCIADOS
Rambla de Cataluña, 60 y 62
BARCELONA

Narración de Ediciones Bistagne

INTÉRPRETE PRINCIPAL
Douglas Fairbanks

La vuelta al mundo con Douglas Fairbanks

ARGUMENTO DE LA PELICULA

SIMPATICO PREAMBULO

Esta película tan interesante que vamos a novelar, no tiene nada, a la vez, de novelesco ni de real en su conjunto. No hay trampa ni personajes fantásticos, por lo que el carácter novelesco desaparece por completo. Pero, constituida la película al modo documental, por un conjunto de hechos reales en los que aparecen personajes reales a la vez, la trabazón entre tales hechos queda al placer de la fantasía de este notable "cicerone" que se llama Douglas Fairbanks.

El mismo aparece en escena para invitarnos al viaje, exponiéndonos sus planes. No se trata de seguir el camino trillado del turismo, las grandes líneas de vapores, las rutas de las caravanas, los grandes sur-

cos trazados sobre la superficie del planeta por las agencias de viajes. El quiere hacernos gozar cómodamente desde la butaca del cinema de las más grandes maravillas del Oriente, pero sin la obligación de seguir determinados caminos, dándole escasa importancia al modo de trasladarse de una a otra parte. Así, le veréis navegando con buena y mala mar, o saltando ágilmente desde Asia a Filipinas, o volando sobre su alfombra mágica.

Y él os irá explicando personalmente cuanto recogerá su "cameraman" para vuestro solaz, bajo su dirección.

En el simpático preámbulo, Douglas os explica su proyecto, haciendo aparecer un mapa. También os muestra a sus compañeros de viaje y hasta llena la escena con incontables baúles, que encierran el equipaje que proyecta transportar.

Se trata, por lo tanto, de una visión de las maravillas más atrayentes presentadas por un catador tan excelente como él, con su fino humorismo lleno de simpatía, con su amplio reír contagioso y con su gran gusto refinado de artista.

Con ese su humorismo típico, os cuenta que quiere dar la vuelta al mundo en tan sólo ochenta minutos —el tiempo que ha de durar la proyección de la cinta— y os ofrece que le acompañéis.

¿Quién es capaz de negarse a tan amable invitación? Toda la inmensa simpatía que acumula este hombre singular brilla en su preámbulo. Satisfechos y regocijados, dispongámonos, pues, al maravilloso viaje en tan grata compañía, en la seguridad de que su presencia ahuyentará de vosotros toda traza de tedio.

CON RUMBO A HONOLULU

Nos encontramos en un vapor que ha abandonado al anochecer las costas del Pacífico, saliendo de América con rumbo a Honolulu.

La mar está llana y el viaje promete ser descansado y cómodo. El mágico Fairbanks hace pasar en unos segundos la noche y nos presenta la cubierta del "steamer" completamente desierta al clarear el día, sus pasillos, sus escaleras, sus toldillas, todo desierto, hasta que aparece él para llenarlo todo con su dinamismo.

Nos declara que él también necesita conservar la línea, y nos explica que, para conseguirlo, ha de hacer un poquito de ejercicio, y emprende una carrera loca, una de esas carreras cuyas tan típicas y características, trepando por las escalerillas con velocidad vertiginosa, saltando los obstáculos que encuentra por delante, brincando con

agilidad, agarrándose a uno de los hierros verticales que sostienen el toldo y que los marinos llaman "candeleros", con ambas manos, cediendo al impulso de la velocidad adquirida y dando una vuelta completa tras de pasar sobre las aguas del mar fuera de la borda.

Ignoramos si Douglas Fairbanks hace ordinariamente tales ejercicios u otros parecidos todas las mañanas; pero indudablemente, dada su agilidad y su entrenamiento atlético, este hombre no es de ninguna manera un tumbón.

Más tarde, os explica cómo toma baños de sol y cómo hace una gimnasia con aparatos imaginarios, levantando pesas que no existen.

Y todo lo explica con su gracejo natural, contándonos, durante su carrera, las excelencias de tales ejercicios y que constituyen un re-

medio seguro contra la serie inter- enumerando, desde los callos hasta minable de enfermedades que va la inapetencia.

LLEGADA A HONOLULU

Llega el barco, por fin, tras de corto intervalo, a Honolulu, y el fino humor de nuestro cicerone nos hace notar el contraste existente entre las ilusiones del viajero que, aleccionado por la leyenda, espera encontrar un paisaje paradisíaco de palmeras y mozas vestidas con faldas de paja cantando al son de los "ukeleles", y la realidad recogida por el objetivo, que es la de una gran población civilizada imponente, con edificios modernos impresionantes, numerosos "palaces", calles embotelladas y hasta ley seca y todo. Un trozo más de Norteamérica.

Tiene este libro la pretensión de completar lo que en la película se ve, con datos complementarios y explicaciones de orden geográfico e histórico, aunque sólo sea en un

grado elemental. Así es que nos cumple informar al lector de que Honolulu es la capital de las islas Hawai y se encuentra situada en la costa meridional de la isla Oahu. En ella residen el gobernador y dos obispos, uno católico y otro anglicano. Su clima es excelente, hasta el punto de ser recomendado por los médicos para el tratamiento de la tuberculosis. Sus calles son anchas y rectas, pavimentadas de lava y de piedras madreporicas. En ella se encuentra situado el palacio real, terminado el año 1882, y está dotada de tranvías eléctricos, red de alumbrado, servicio telefónico y de extinción de incendios, teatro y varios clubs. Su población era en 1920, de 83.237 habitantes.

Existe en dicha población bastante industria y un floreciente co-

mercio, y su puerto concentra la mayor parte de la exportación e importación de las islas, encontrándose unido por líneas regulares de navegación con San Francisco de California, Vancouver, Seattle, Auckland, Sydney, Yokohama, etc., y unida por cable con San Francisco.

Su puerto es sumamente visitado por los pescadores de ballenas que, en determinadas épocas del año, le dan extraordinaria animación.

Pero, si la capital de las islas les desilusiona un poco con su vitola de ciudad cosmopolita, quedan compensados los expedicionarios en su deseo de contemplar el aspecto típico del archipiélago en una breve excursión.

Son recibidos por lindas hawaianas tocando guitarrillos y cantando al son de una música tan primitiva como armónica. Hasta allá ha llegado la fama de Douglas, y todas depositan en su cuello amplios collares de flores. Contrastando con el modernismo de los grandes centros, encuentran los expedicionarios el verdadero y auténtico paraíso terrenal.

Los expedicionarios son acompañados por una de las incontestable-

mente figuras destacadas de Honolulu, el célebre campeón Duk Kahanamoku, el mejor nadador del mundo.

Vedlo consagrado a su deporte favorito, el "scurf-boat" (barco-costra, o barco plano en español), en cuyos encantos también se inicia Douglas. Se trata de una plancha de una madera sumamente ligera, terminada por delante en proa y por detrás en popa, sobre la que se desliza el campeón sobre el agua a velocidad vertiginosa, gracias a la escasa resistencia opuesta por el líquido, manteniéndose de pie en firme equilibrio.

Tienen las islas Hawai, en total, una extensión de 16.702 kilómetros cuadrados y se encuentran situadas a 3.250 kilómetros al SO. de San Francisco de California, y están formadas por ocho grandes islas y dos pequeñas que son peñones inhabitados. Dichas islas son de origen volcánico y sus rocas son todas primitivas, a pesar de lo cual se encuentran cubiertas de una vegetación tropical exuberante, existiendo 40 volcanes de los que sólo dos permanecen en actividad.

En 1920, el número de habitantes se elevaba a 255.912, con una

densidad media de población de 15,32 habitantes por kilómetro cuadrado. Pero tal población está constituida en su mayoría por colonias extranjeras, ya que la población puramente autóctona solamente alcanza la cifra de 22.000 indígenas, a la que solamente se puede agregar la de 18.000 mestizos.

Así es que viven en las islas 22.000 chinos, 115.000 japoneses, 25.000 portugueses, 24.000 filipinos, 5.500 portorriqueños, 1.800 españoles, 37.000 entre angloamericanos, ingleses, alemanes y rusos y 5.000 coreanos.

En 1527 desembarcaron en las islas unos náufragos españoles que se establecieron en el país, mezclando su sangre con la de los naturales, persistiendo aún su raza fácilmente distinguible por sus caracteres étnicos.

Su forma de gobierno era monárquica, hasta que los Estados Unidos provocaron una revolución que proclamó la República, siendo elegido presidente un yanqui hijo de un pastor protestante que, al poco, incorporó el Estado a los de la Unión, a pesar de la fuerte oposición japonesa. Desde entonces se rige bajo las órdenes de un gobernador, nombrado, así como otros cuantos cargos de fundamental importancia, por el Presidente de los Estados Unidos e interviniendo también en el ejercicio de la autoridad un Senado electivo.

El archipiélago de Hawai, llamado antes de Sandwich, es ciertamente delicioso, pero no podemos detenernos mucho en él, puesto que hemos de dar la vuelta al mundo en tan sólo ochenta minutos. Así es que nos vemos forzados, siguiendo a Douglas Fairbanks, a embarcarnos con rumbo al Japón.

EL PUERTO DE YOKOHAMA

Henos de nuevo surcando las aguas del Pacífico. Aguas que están ahora alborotadas. Si nos asomamos mirando la proa del barco, veremos cómo su tajamar corta las olas imponentes, cómo éstas se estrellan sobre los costados de la nave, cómo las aguas barren su cubierta. La mole inmensa de la embarcación resulta minúscula ante la majestad del fenómeno cósmico. El espectador, guiado por Douglas Fairbanks, asiste a manifestaciones de la naturaleza verdaderamente grandiosas.

Por fin llegamos al Japón, esta tierra tan incomprensible para nosotros, los occidentales: tierra de rancias costumbres y de portentosa civilización moderna; tierra de sólidas creencias religiosas que conducen al heroísmo a sus soldados; tierra de extremada galantería cortés; tierra de hombres astutos y pa-

cientes, de inteligencia despejada, capaces de asimilarse nuestra civilización sin renunciar a la suya.

El barco nos lleva al puerto de Yokohama, el de más importancia comercial de todo el Imperio del Sol Naciente. Podemos ver el entusiasmo con que es recibida la relevante personalidad de Douglas, figurando entre quienes le esperan en el puerto, So-Lin, el artista japonés que rodó "El Ladrón de Bagdad" y el popular artista cinematográfico Sessue Hayakawa.

Al desembarcar, los expedicionarios experimentan inmensa sorpresa ante tan extraña civilización, que ha sabido introducir todos los adelantos de Occidente respetando las rancias y clásicas costumbres. Así es que se conserva el sabor típico, y el japonés, aunque sabe vestir a la europea, no abandona su indumentaria clásica. Así resultan las

calles pintorescas en extremo, contribuyendo a acentuar la nota típica la simultaneidad entre los medios más modernos de transporte y los más primitivos. El "pousse-pousse", carrito empujado por un hombre, pasa por debajo de un ferrocarril elevado y tiene que cuidar de no ser atropellado por el moderno y veloz automóvil.

Pero no es sólo el aspecto de la calle, sino la vida misma del Japón. En sus costumbres se entremezclan las ceremonias parlamentarias con las palatinas tradicionales, las primeras en traje europeo y las segundas con las vestimentas históricas más rancias y pintorescas. Los japoneses han sabido asimilarse todo lo nuestro bueno y respondiendo a necesidades del día, y conservar, al mismo tiempo, todo lo suyo, bueno y tradicional. Así su típica cortesía y su extremado concepto del honor, con su rancio ceremonial de abrirse el vientre al sentirse deshonrados.

Yokohama es una hermosa ciudad de más de medio millón de habitantes, a pesar de la horrible tragedia que vertió recientemente sobre ella, a manos llenas, la muerte y la desolación.

El año 1859 era Yokohama una pequeña e insignificante aldea. Entonces no se había asimilado aún el Japón la civilización occidental, que puede decirse que penetró en el archipiélago precisamente por la misma Yokohama.

El emperador Kanagawa se oponía a dejar entrar a los extranjeros en las islas y sólo accedió a abrirles sus puertas a una imposición violenta, designando a la entonces pequeña aldea de Yokohama como único punto en el que permitiría que los extranjeros pudiesen establecerse.

Tal fué la circunstancia que engrandeció a esta ciudad, situada a 22 kilómetros de Tokio, capital del Imperio.

En el año 1923 fué arrasada por un famoso terremoto, que ocasionó la muerte de muchos millares de víctimas y arrasó el 80 por 100 de sus edificios.

Antes de dicho terremoto, la ciudad, importantísima, unida a Tokio por un ferrocarril de 22 kilómetros, estaba dividida en tres partes. Una era la ciudad extranjera, con magníficos edificios destinados a embajadas, a consulados, a hoteles, a teatros, a casinos. La cen-

tral estaba destinada a las oficinas japonesas y centros oficiales. La tercera correspondía a la población netamente japonesa, y en ella las casas eran, como en todo el Japón, pequeñas, de madera y rodeadas casi siempre de un jardín.

Después del terremoto fué acordada la reconstrucción, pero con un nuevo plan, muy diferente del antiguo. Yokohama quedó unida a Tokio, formando una sola y única población de forma lineal, a ambos lados de un canal y un "boulevard" paralelos, de 30 kilómetros

de largo. En la mitad de su longitud, el "boulevard" se ensancharía en grandiosos jardines, y el canal en amplio estanque, que constituiría el puerto de la nueva población. Sobre el canal se establecerían 126 puentes nuevos y la obra total costaría 700 millones de yens.

Tales obras están en la actualidad adelantadísimas.

Peró Yokohama no es Japón típico, por la enorme afluencia de extranjeros. Buscándolo, conduce Fairbanks al espectador a la vista grandiosa de la montaña Fujiyama.

LA MONTAÑA FUJIYAMA

La vista de Fujiyama, montaña mágica, centro de arte y religión, con su imponente belleza, hace olvidar cuanto tiene de feo y de estrechito la vida moderna.

Es una mole inmensa, perfectamente cónica, blanqueada por las nieves perpetuas, que emerge de los

campos bucólicos, causando en el ánimo de quien la contempla la impresión de una sublime grandiosidad serena y plácida.

Cuenta la tradición que cuando los dioses la hicieron surgir, cuidaron de equilibrarla poniendo a su lado un lago.

Esta montaña se encuentra a 70 millas de Tokio y mide 12.395 pies de altura, no rematando en punta, a pesar de su forma general y regularmente cónica, sino en un inmenso cráter que mide 2.000 pies de diámetro.

Pero mientras el ánimo se encuentra sorprendido ante tal grandiosidad, se escucha el sonido de un claxon, y un automóvil entra en el campo del objetivo, como para retrotraernos a los tiempos actuales.

UNA JAPONESITA EN SU HOGAR

Fairbanks no nos ha llevado al Japón exclusivamente para que contemplemos las calles de Yokohama con su animado y cosmopolita aspecto, y la montaña de Fujiyama, con toda su grandiosidad. Pese a la rapidez del viaje y a lo contados que son ochenta minutos para efectuarlo, Douglas quiere mostrarnos un trozo de vida del Japón, para lo que acucia a su cameraman para que se ingenie en filmar algo curioso e íntimo.

La mujer, la eterna mujer, es indudablemente lo que más le debe interesar al espectador actuando de

turista, con Fairbanks de cicerone. Y la mujer, en el Japón, ya no se pasa la vida como antaño, en eterna poesía, paseando lánguidamente bajo los cerezos en flor, moviendo graciosamente su abanico.

La mujer japonesa de la buena sociedad, como la europea y americana, consagra sus entusiasmos a los deportes, como lo puede ver el espectador en la cinta, y notablemente se distingue en el aristocrático golf. Douglas, también gran aficionado a este deporte, pues ya le hemos visto jugar a bordo del trasatlántico, nos presenta a Mitsui,

una de las mejores jugadoras niponas.

Pero no es esto lo que Douglas Fairbanks quiere presentar al espectador, sino un trozo de vida íntima de la mujer japonesa. Su cameraman necesita ingeniar y utilizar una rendija para escudriñar un interior, con una indiscreción muy norteamericana.

La japonesita está durmiendo. Su cama es de lo más elemental y simple, una especie de edredón sobre el suelo, donde ella se acurruca y descansa tapada con otro edredón. Cuando se levante, la criada retirará de una brazada cama tan elemental.

Llegó la hora de despertar a la graciosa durmiente. Aquellas casas, tan pequeñas y armónicas, parecen de juguete. La criada, antes de entrar, se arrodilla y abre la puerta de corredera, arrodillada. Se levanta luego para entrar y vuelve a arrodillarse para cerrar la puerta. Más tarde, arrodillada junto a la joven ama, la despierta con una caricia delicada.

Después le trae un almohadón, sobre el que pueda arrodillarse su joven señorita para desayunarse con una taza de té.

Más tarde, llega el momento del peinado, operación complicadísima en la que será necesario invertir largo tiempo. Las espectadoras que tengan buena memoria y alguna edad, podrán recordar los martirios que para ellas representaba el peinado cuando en Europa se usaba el pelo largo. Verdad es que ahora la permanente también representa molestias y tiempo, pero no es necesario someterse al martirio cotidianamente.

Pero es que el peinado de la japonesita es algo grandioso y monumental, con incontables y complicadas trenzas, con numerosos hilos para atar y trabar aquella prodigiosa obra de arte, con trozos de papel de plata que se arrollan alrededor del cogollo central, para que se mantenga enhiesto y dando por resultado, finalmente, un complicadísimo casco destinado a dar realce a la belleza de esta japonesita de gestos de muñeca.

Tanto trabajo ocupa gran parte de la mañana y, terminado el peinado, es necesario comer.

Llega la joven a la mesa cuando ya están todos los demás reunidos. Ella es la última, naturalmente, porque los demás no tienen que pei-

narse. La cortesía es en el Japón algo fundamental y casi sagrado. La joven hace, ante sus padres, profundas y repetidas reverencias, luego requiere un almohadón para arrodillarse ante la mesa.

La jovencita japonesa come como un pajarito. Nada de esa brutalidad representada por la diestra armada de un cuchillo y en la izquierda un punzante tenedor y en el plato un sangrante solomillo. Nada de tenedor, cuchillo ni cuchara, sino unos tenues palillos, manejados con agilidad y delicadeza, cogiendo pequeñas porciones de granitos de blanquísimo arroz, alternando con otra vianda de color más oscuro, tal vez carne picada.

Terminada la colida, no hay mejor bicarbonato que la música, y la japonesita da su lección de música, canto y baile.

Las criadas, que han servido la comida como si sus amos fueran dioses, arrodillándose ante ellos e inclinándose profundamente al ser-

virles cada plato, le entregan a la joven, con iguales reverencias, el instrumento, y ella entona ante el profesor una canción tenue, dulcísima, que evoca las fantásticas leyendas feudales del remoto Japón de otros tiempos, llena de poesía y de languidez.

Después viene la danza. Su figurilla es realzada por su extraña vestimenta. Aquella vestimenta que le vimos ponerse antes de comer, cuando estuvo terminado su peinado, formada por numerosos kimonos, uno sobre otro, terminando con una complicadísima faja plegada en la espalda en forma extraña y atada sólidamente con numerosas ligaduras.

La vestimenta presta en el baile suma elegancia a su figura, en el baile suave, tenue y cadencioso, con algo de pavana o minué, pero con movimientos para nosotros exóticos, como traducción de un carácter y un temperamento completamente distintos de los nuestros.

EL PUERTO DE HONG-KONG

Es realmente delicioso el Japón que nos ha presentado Douglas, y desearía uno ver muchas cosas más, pero el tiempo apremia y es indispensable partir. La sirena del vapor que va a salir para la China suena y nos llama, obligándonos a dar un adiós al Japón.

A lo largo de las costas, antaño infestadas de piratas, nos dirigimos hacia Hong-Kong, ciudad extraña que refleja muy bien el carácter del país.

Al llegar ya se nota algo extraño, tan sólo comprensible en China. Se acercan al barco numerosos botes tripulados por mendigos que alarган unos palos en cuyas puntas hay una bolsa de red, como los salabres que usan nuestros pescadores para recoger los pescados, implorando que en ellas depositen los viajeros sus limosnas, tanto en metáli-

co cuanto en especie, admitiendo cuanto se les quiere dar, monedas de cobre, galletas, zapatos viejos y hasta hojas usadas de afeitar.

También contemplan los expedicionarios enormes saltos de nadadores que se arrojan al agua desde inverosímiles alturas.

¡Qué impresiones variadas y llenas de acentuado colorido se recogen vagando por las calles populares de Hong-Kong!

El tráfico es imponente y de una dinamicidad portentosa. Todo el mundo marcha apresuradamente. Las calles de esta ciudad están en continua y alta fiebre. En ellas se mezclan los europeos con los asiáticos. Los chinos visten a la europea con un desaliño inconfundible, y, cuando conservan su traje nacional y tradicional, presentan notas de una gran diferenciación, entre

los extremos de lujosas túnicas y de harapos horribles.

Una procesión pasa precedida por un gigantón. Douglas goza lo indecible contemplando su grotesco colorido y su tipismo tan acentuado. Los unos hacen de bestias de carga y tiro y sus cochecillos avanzan veloces, sorteando los lujosos automóviles.

Hong-Kong, llamada en chino Hiang-Kang, es el Gibraltar asiático en poder de Inglaterra.

Se trata de una isla en la costa SE. de Cantón, de 15 kilómetros de largo por otros 6 de ancho y una extensión superficial de 83 kilómetros cuadrados, con una población de 465.852 habitantes.

Además, posee allí Inglaterra, separada de la isla por un canal de 800 metros, la península de Kaulun, de 8 kilómetros cuadrados y 120.000 habitantes, así como el terreno concedido en 1898, de 922 kilómetros cuadrados, con 100.000 habitantes, dando, en total, una extensión superficial de 1.013 kilómetros cuadrados y 686.680 almas.

Existen en la población edificios notables, como el palacio del gobernador, teatros, cuarteles, hospi-

tal marítimo, observatorio astronómico, etc.

Hay en Hong-Kong más de 100 escuelas y se publican tres periódicos en inglés.

La condición de puerto franco ha contribuido extraordinariamente a desarrollar un comercio importantísimo y una gran riqueza.

Ha hecho, pues, divinamente Fairbanks en conducirnos a Hong-Kong en su fantástico viaje alrededor del mundo y hacernos ver tan pintoresca población.

En ella existe una industria importantísima, desarrollada al calor de dicho puerto franco y de la extremada baratura de la mano de obra china.

Douglas nos hace ver una manufactura de tapices según los procedimientos clásicos de antigüedad remotísima.

En telares muchas veces centenarios, los obreros trabajan pacientemente por los más primitivos procedimientos, haciendo a mano los nudos que han de formar un precioso tapiz, cortando con sus tijeras los hilos, maniobrando como maniobraron los bisabuelos de sus bisabuelos y los bisabuelos de éstos, sin más técnica moderna, y rea-

lizando, no obstante, obras bellísimas, que causan la admiración de Europa.

Su secreto es, sencillamente, el de la paciencia y el de la sobriedad. Han de disponer de hilos teñidos con todos los matices de los diferentes colores y han de hacer en cada punto el nudo con el hilo del matiz apropiado, cortando luego dicho hilo en la debida longitud. Para esto, es indispensable determinada habilidad y gusto artístico y una paciencia a toda prueba, lo que está también al alcance del obrero europeo; pero éste necesita una retribución que le permita vivir y, necesitando emplear muchísimas horas para cada metro cuadrado, saldrían carísimas las alfombras, los tapices. Unicamente la sobriedad china, susceptible de mantener a un hombre con un puñado de arroz, permite que tales tapices resulten a precios sin posible competencia europea, salvo cuando son introducidos procedimientos mecánicos, que si abaratan el producto, le hacen desmerecer, como consecuencia de la producción en serie.

Pero lo chocante de lo que nos hace ver Fairbanks, es que desde

estos telares primitivos y casi antediluvianos, se escucha el ruido de la maquinaria fabril y textil más moderna, y el ojo escudriñador del objetivo nos permite contemplar dicha maquinaria en pleno funcionamiento, servida por mujeres chinas que ejecutan las mismas faenas de nuestras obreras europeas.

Nuestro cicero nos lleva a los suburbios de la gran ciudad y nos hace presenciar una escena curiosa. Se trata de un porquerizo entregado en manos de un barbero que le hace la *toilette*. Si es para nosotros molesto entregarnos al barbero, calcúlese lo que será en China, donde, además de afeitarse toda la cara, es costumbre afeitarse también toda la cabeza, además de manipulaciones en las orejas y en las cejas.

También nos muestra nuestro guía a campesinos chinos dedicados al cultivo del arroz. Igualmente que nuestros labradores valencianos, el campesino chino va plantando una a una las matitas de arroz criadas en vivero en un terreno encharcado. Luego crecerá hasta producir la hermosa espiga y el blanco grano servirá de alimento al hombre, tras de ser coci-

do, manejado ágilmente con dos palillos, como vimos hacerlo a la japonesa.

Pero no todo en Hong-Kong y sus cercanías es animación callejera, procesiones, comercio, agricultura e industria. Pronto advierte Douglas, y se lo hace ver a los espectadores, que China es un país en convulsión. El avispero chino deja fácilmente ver sus avispas. Por todas partes ve Fairbanks soldados. Soldados chinos, vestidos de europeos con esa gracia característica de los vendedores de collares, que desfilan en interminables columnas. Son los secuaces de esos generales que están en continua guerra unos con otros y que se mantienen haciendo grandes equilibrios entre el papel de general y el de bandido.

En la pantalla aparecen luego otros soldados de porte más marcial y distinguido. ¿Es acaso que estos chinos han aprendido a vestir

con más garbo y distinción? No. Es que se trata, como nos lo manifiesta la voz de Douglas, de soldados americanos de infantería de marina. Son los famosos fusileros yanquis, que la marina de guerra americana tiene siempre dispuestos para cualquier intervención. Los mismos, u otros semejantes, que son combatidos ferozmente por Sandino.

También nos presenta luego al ciclerone otros soldados americanos montados a caballo. Pero nos suelta un chistecito que hay para matarlo o poco menos, asegurándonos que se trata de infantería de marina montada, o sea, de caballería de marina, deduciendo que son caballos marinos los que en la pantalla aparecen.

Se conoce que Douglas no gusta de escenas bélicas, porque inmediatamente abandona Hong-Kong para marchar a Pekín, la antigua capital de la China.

LA ANTIGUA CAPITAL DE LA CHINA

En Pekín nos hace ver Douglas el Palacio de Verano de los emperadores de la China, auténtica maravilla de la arquitectura mundial. Todas las delicadezas de una civilización milenaria, todo el arte refinado a lo largo de los siglos, han contribuido a crear dicho palacio como marco adecuado a la grandeza de aquellos emperadores que reinaban sobre incontables millones de súbditos esparcidos en superficies inacabables de territorio. Aquellos emperadores eran como dioses y su palacio necesitaba tener la grandiosidad de un templo. Las ceremonias que allí se realizaban eran verdaderos ritos. En sus terrazas, dominando hermosísimos jardines, los emperadores de la China, convencidos ellos mismos de su inmensa superioridad, que su orgullo vanidoso elevaba a altí-

sima potencia, aparecían rodeados de un nimbo mayestático de gloria cual no se vió jamás en ninguno de los grandes imperios orientales.

Desde lo alto de sus torres, la emperatriz viuda Tzé-Hi pudo contemplar la caída de su imperio, el de los emperadores manchúes. ¡Qué emocionante tragedia presenciaron aquellos muros, aquellas esculturas, aquel derroche arquitectónico que Douglas nos presenta! ¡Aquella mujer se creía superior a todos los hombres y defendía lo que pensaba que era un derecho sagrado de su hijo, viendo cómo el monstruo de la revolución subvertía todos los valores y la iba haciendo el vacío!

Como curioso contraste que contribuye a que se destaque más netamente la tragedia que sugiere la contemplación del palacio ostento-

so de quienes cayeron desde tan alto en el ostracismo, Fairbanks nos conduce ante la tumba monumental de Sun-Yat-Sen, primer presidente de la República que preparó y organizó la revolución de 1912, derribando la dinastía.

El edificio también es grandioso y representa la admiración de los chinos y su devoción casi religiosa por el recuerdo de aquel gran hombre que ha realizado una de las revoluciones más grandes de la humanidad y, tal vez, la que tenga mayor trascendencia en la historia de la civilización, al orientar hacia ella la inmensa masa de hombres de raza amarilla, libertándola de una tutela, si tradicional, incompatible con los adelantos modernos de la ideología humana.

Fairbanks sube las grandiosas escaleras que conducen al hermoso monumento, acompañado por numerosos sabios chinos, de esos que han acudido a Europa y América para aprender cuanto se ignoraba en China, preparando la evolución de aquel pueblo y su incorporación a la masa progresiva de la humanidad. Todos son sabios y, quizá por ello, tienen un claro concepto del ridículo, y renuncian a

presentarse vestidos de europeos, aunque admiren nuestra civilización y traten de importarla en su país. Pero tampoco visten como un mandarín del antiguo régimen, sino discretamente trajes entre chino y europeos, serios, sin colorines.

Además, ¿por qué no confesarlo? todos son sumamente feos. Pero departen amablemente con Douglas, cuya fama en la China es tan grande como lo es en todas partes, y procuran, con anhelo infantil, "salir en la cinta", que el objetivo recoja sus interesantes figuras...

Después, Douglas visita y nos presenta a dos personalidades relevantes: el ministro Wong y el doctor Mei-Lang-Fang. Este último ya disimula un poco la fealdad característica de su raza en los rasgos juveniles y francos de su cara. Con él está su hijito, niño de ocho a diez años, que nos obsequia cantando una canción. Sin duda le parecerá encantadora a su padre. Nosotros entendemos poco de música y no nos decidimos a aplaudir ni a criticar.

Desde Pekín pasa Douglas a Tonkín. Desde la antigua capital del antiguo imperio, a la moderna capital de la nueva República.

Pero no lo hace de una manera vulgar, andando, a caballo, en tren, en automóvil... ni aun en aeroplano. Tales medios de comunicación son incapaces de permitirnos realizar el periplo tan sólo en una hora y veinte minutos. Pero el brujo Fair-

banks tiene recursos para todo, y muy graciosos.

Nos presenta un gran mapa de la China y en él, de unas zancadas, logra pasar desde Pekín hasta Nankín, dándonos, de paso, pintorescas lecciones geográficas.

CON AGUINALDO EN MANILA

Para continuar el viaje, sigue empleando Douglas el mismo procedimiento. Con su fantasía ha reducido enormemente las dimensiones de la tierra. Es precisamente el proceso de los inventores que, al aumentar la velocidad de los medios de transporte, la empuenecen respecto a nuestras posibilidades. Así, es ahora la ligera tierra algo muy pequeño para él y, contemplando desde la China el archipiélago Magallánico, recuerda que se trata de otro dominio norteamericano, que debe despertar interés entre los espectadores de los cines

de su patria, y decide ir allí, para lo que da un salto enorme...

También a los españoles debe interesarnos vivamente Filipinas y su capital, Manila, llenas las islas y la ciudad de incontables recuerdos que siempre nos será grato remozar.

Douglas nos presenta a un personaje que tuvo activísima participación en el que fué para España doloroso drama filipino: Aguinaldo.

Pero las explicaciones de Douglas dejan algo que desear, ya que nos dice que en la bahía de Manila venció el almirante Dewey a los es-

pañoles, a pesar de la áspera resistencia que le opuso el general Aguinaldo.

Al lector español debe interesarle la verdad histórica en cuanto se relaciona con aquellos hechos y esta figura que nos presenta Douglas en la pantalla, por lo que le concederemos la importancia que realmente se merece.

Aguinaldo nació en Cavite, el día 22 de marzo de 1869.

Estudió la segunda enseñanza en colegios particulares y en el de San Juan de Letrán, regentado por frailes dominicos.

Muy joven, fué iniciado en la francmasonería, terminando su carrera de maestro de escuela y siendo nombrado capitán municipal.

El año 1896 fué proclamado caudillo de la revolución preparada por Andrés Bonifacio, a la que puso término el pacto de Biac-na-Bató. En virtud de dicho pacto, trasladó su residencia, en unión de otros personajes caracterizados de la revolución, a Hong-Kong.

Cuando estalló la guerra hispanoamericana, solicitaron los yanquis su concurso y ayuda, haciéndole tentadoras promesas en cuanto a la independencia de las islas, y

se trasladó al archipiélago en el cañonero "Mac Kullak", de la escuadra de Dewey.

Desembarcado en Filipinas, se erigió en dictador y proclamó la efímera República filipina, con su capital en Malolos (Bulacán).

Los americanos olvidaron las promesas que le hicieron, y peleó con ellos, siendo derrotado en Tarlac, y se retiró, tras de recomendar a los suyos la guerra de guerrillas, primero al Norte de Luzón, y después en Palanán, donde fué capturado por un engaño urdido por el general Fuston, reprobado por la recta conciencia de los hombres honrados, aun entre los mismos norteamericanos.

En toda su actuación fué hombre recto y honesto, que jamás se vendió y que se distinguió por su trato humanitario con los prisioneros.

Esto en cuanto toca al personaje que posa ante la cámara de Fairbanks, que, como exaltado amante de su patria, debe merecer todos nuestros respetos y nuestra más franca admiración. En cuanto a la política norteamericana en Filipinas, no es cosa de la que creamos oportuno ocuparnos aquí.

Así es que, siguiendo a nuestro cicerone, dejando atrás las bellezas de nuestra antigua colonia, los tipos curiosos que nos presenta el proyector, los típicos vestidos blancos, tan característicos de aquel caluroso clima, el semidesnudo de los

tagalos y las perspectivas de los paseos de Manila, pasaremos a visitar las ruinas de Angkor.

Desde las islas nos trasladamos, para ello, a tierra firme, al pintoresco reino de Siam.

LAS RUINAS DE ANGKOR

Douglas nos conduce a las grandiosas ruinas de Angkor.

El misterio palpita en el Extremo Oriente. Nos encontramos ante unas ruinas portentosas, que nos hablan de una civilización muy adelantada en las esferas del arte, y tales ruinas datan de muchos siglos atrás.

Lo mismo que la India, igual que la China, estos pueblos asiáticos que nos parecen bárbaros, levantaban templos prodigiosos cuando nuestra civilización occidental balbuceaba las torpezas inciertas del románico que se iba transformando

en la tosquedad del primitivo ojal.

Mientras Europa, sumida en las tenebrosas oscuridades de la Edad Media, sufría una crisis horrible de civilización, como consecuencia de la que floreció en Roma, en el Extremo Oriente eran conocidos los más fecundos principios de la ciencia, cultivadas las artes prodigiosamente y la filosofía se sublimaba con el estoicismo de Buda y con las sabias máximas de Confucio, que constituían, más que una religión, un tratado de moral.

Pero reaccionó Occidente tras

del Renacimiento greco-romano, al ser destruido Bizancio, empujados por los invasores turcos los sabios que conservaban la antigua tradición, divulgándola por el resto de Europa.

Entretanto, Asia se sumía en una nirvana fatalista y se abandonaba a los recuerdos de su antigua cultura, capaz de conservarse, pero de renovación imposible.

Y, al descubrir la Europa civilizada y brillante de la época de los grandes descubrimientos geográficos, esos legendarios países del Extremo Oriente, se encontró con una civilización antiquísima y que había brillado con supremo esplendor, pero que permanecía dormida y pasiva hasta el punto de equivaler a una barbarie.

Son todas éstas, ideas que brotan espontáneamente contemplando las ruinas de Angkor.

Algo parecido le ocurrió a Volney contemplando las ruinas de Palmira, brotando en su imaginación mil ideas sobre la inestabilidad de las cosas humanas.

Las ruinas de Angkor nos deslumbran con su magnificencia. Los escultores que labraron aquellos alto relieves, aquellas estatuas, eran

muy artistas. La construcción resuelve problemas muy difíciles de resolver, sin un adelanto material considerable. Y proceden de una época en la que en Europa no hubiésemos podido alzar de tierra tales maravillas.

Los herederos de tales artistas, de tales edificadores, están, sin embargo, infinitamente por debajo de nosotros, hasta el punto de parecer-nos bárbaros; y si quieren dejar de merecer tal dictorio, han de trasladarse a Europa o a América para aprender nuestra cultura.

Pero existe una incompreensión absoluta entre ellos y nosotros, y si nos parecen bárbaros, también se lo parecemos nosotros a ellos.

Tienen otro concepto diametralmente opuesto del fin de la vida, y otro temperamento. Por eso, si estudian nuestra civilización, es para despreciarnos más y poder aprovechar los elementos puramente materiales. El gran ejemplo lo ha dado el Japón, poniéndose en la parte material a la altura del pueblo más progresivo, pero conservando cuidadosamente el japonismo de su alma que, con envoltura europea, sigue siendo absolutamente asiática.

Algo parecido, aunque no en tan-

to grado, ocurre también en este Siam, en el que se encuentran situadas estas misteriosas ruinas de un grandioso templo levantado por la dinastía Kmer hace muchos siglos, en las que se puede contemplar la magnificencia y la belleza de la Puerta de la Victoria, la fila de los ídolos y los genios buenos y malos, esculpidos en la dura piedra por hábil cincel.

Unas jóvenes cambodgianas hacen revivir ante Douglas estas esculturas en sus danzas. Tienen una gracia inimitable al ejecutar estos pases simplistas al son de una música antigua que se remonta a la época más remota.

Estas ruinas tan altas tientan la afición que Douglas siente por los ejercicios físicos y por el alpinismo, y nos ofrenda una escalada, auxiliado por dos de sus compañeros de la expedición. Cuando se

presenta una altura de cerca de tres metros que es preciso escalar, trepa Douglas sobre los hombros de sus compañeros y, una vez arriba, los hace subir a su vez tirando de sus muñecas.

Por fin, logra el atleta coronar la parte más alta del edificio ruinoso, y da por terminada su faena, disponiéndose a abandonar Angkor para trasladarse a Bangkok.

Para ello, lo mismo que cuando se acercó a Angkor, tiene que atravesar la manigua infestada de tigres, que constituyeron durante muchos siglos la defensa que aisló del resto del mundo aquellas ruinas misteriosas, y los expedicionarios lo realizan a lomos de elefantes, "los taxis de Oriente", como dice Fairbanks en sus explicaciones.

LA CIUDAD DE LOS ARBOLES FRUTALES SILVESTRES

Tal es el nombre que los thais, habitantes de Siam, dan a Bangkok, capital de su reino. Dicha expresión la vemos encerrada entre paréntesis, junto al nombre de Bangkok, ignorando si se trata de un calificativo que los naturales del país dan a dicha ciudad, o si se trata de la traducción literal de dicho nombre; pero no cabe duda de que se trata de una denominación sugestiva y pintoresca.

La capital de Siam es una población de medio millón de habitantes, encerrada en un perímetro de ocho kilómetros de largo, edificada en ambas orillas del río Menam, a 38 kilómetros de su desembocadura.

Existe una ciudad interior murada y otra exterior, y casi todas sus casas son de madera y bambú, edificadas sobre pilotes hincados

en tierra. La piedra y la mampostería únicamente son empleadas en la construcción de templos, edificios para los extranjeros y palacios.

También existen casas flotantes, construídas sobre plataformas de bambú, que constituyen verdaderas balsas. Ambas orillas del río se encuentran llenas de casas de esta especie o de barcos, destinándose tales locales para el comercio y la industria.

Fairbanks se complace en mostrarnos el grandioso templo de Wat-Chang, cuya torre principal tiene una altura de 74 metros. Dicho templo tiene la particularidad de que absolutamente todos sus paramentos exteriores están recubiertos por preciosos mosaicos policromos, formados por pequeñitos pedacitos de porcelanas de color yux-

tapuestos. Douglas, en forma expresiva, nos dice que naufragó, al llegar, un barco cargado de cerámica, rompiéndose todos los cacharros, y no encontraron mejor partido que sacar de aquellos restos, que recubrir de mosaicos la superficie exterior del templo.

El templo es realmente una preciosidad, y también son deliciosas las vistas que se contemplan desde sus alturas.

Tras de mostrarnos la inusitada animación del río con sus incontables tiendas en la orilla y surcadas sus aguas continuamente por innumerables embarcaciones, nos lleva Douglas a ver el elefante blanco.

Mucho se ha hablado y fantaseado sobre este animal sagrado del reino de Siam, hasta el punto de que hay quienes dudan de la realidad de su existencia, sospechando que se trata de algún camelo semejante al de la serpiente de mar. Sin embargo, Fairbanks pudo cerciorarse de su real existencia, lo mismo que nosotros, los que le hemos acompañado en su rápido viaje, contemplando en la pantalla su figura.

Pero resulta que no es, ni mucho menos, blanco, sino amarillo y

ligeramente sonrosado, aunque sí de un color mucho más claro que el de los elefantes ordinarios.

En cuanto a lo que se refiere a la naturaleza de tales elefantes, diremos que no se trata de una raza especial, sino tan sólo de un caso de albinismo, semejante al que hace que de cuando en cuando aparezca un negro con la piel completamente blanca y un blanco con los cabellos sin ningún pigmento en absoluto.

Vemos a Fairbanks junto al elefante, dándole golosinas y más tarde presenciamos cómo el elefante se baña tumbándose en el agua y dándole friegas los encargados de cuidarlo.

Cuenta la leyenda de estos animales que, considerados en el Siam como sagrados y merecedores, por lo tanto, de todo género de atenciones y cuidados, cuando el rey quiere mal a uno de sus nobles, le regala uno de dichos animales, seguro de que los gastos inherentes a su cuidado no tardarán en arruinarlo.

Después nos hace presenciar un match de boxeo sumamente original. El ring parece igual a los que aquí empleamos, pero los boxeado-

res siguen reglas muy diferentes de las del boxeo inglés, pues no solamente se largan, cuando pueden, furiosas patadas, sino que se pelean también a brazo partido y se echan la zancadilla si es preciso.

Los boxeadores son menudos, como la generalidad de los habitantes del país, y su lucha presenta gran atractivo por su movilidad y por la agilidad de sus movimientos, lo mismo que por el espíritu combativo de ambos contendientes. El árbitro parece ser que tiene poco trabajo en tales luchas.

Si lo que vemos a continuación es fútbol, también se trata de un

fútbol muy diferente del nuestro. Los jugadores forman corro y la pelota es lanzada al aire de unos a otros y recogida con pasmosa habilidad, sea con la cabeza sea con los pies. A veces, vemos que la pelota pasa por detrás de la cabeza del jugador que debe devolverla, y creemos que ha perdido, cuando vemos, con la natural sorpresa, que es devuelta graciosamente a su adversario. Es que la ha recogido por detrás con el talón de su pie, sin volverse.

Se trata de un espectáculo entretenido, que no cansa al espectador, sino que éste desearía que durase largo rato.

CON LOS REYES DE SIAM

Fairbanks, que por la fama mundial que le concede su arte cinematográfico, está en condiciones de ser recibido por los reyes, aprovecha la ocasión para presentarnos a los de Siam, que tienen su capital en Bangkok.

Pero la ocasión de ser recibido por los reyes le ocasiona a nuestro pobre amigo insufribles molestias, porque la temperatura es la de un horno y Mr. Douglas Fairbanks tiene que vestirse de etiqueta, expuesto a sudar, sino el quilo, al menos "la gota gorda" durante la comida con que es obsequiado.

Pero todo puede darse por bien empleado con tal de ser recibido en aquel magnífico palacio real, rodeado por un muro que tiene 1.300 metros de largo, y poder contemplar en su interior el Mahapresot o gran salón de recepción de emba-

jadores, así como el patio en el que se celebran recepciones menos protocolarias, pero más frecuentes, presentándose el rey seguido siempre de más de cien servidores.

Verdad es que aunque sólo lo sean de una manera teórica, todos los naturales del país se titulan siervos del rey.

En Siam hay cuatro clases sociales diferentes: la familia real, de la que se sale a la cuarta generación, en forma de que el tataranieta de un rey ya no pertenece a ella, y ni siquiera es noble, como el rey no lo ennoblezca; la segunda clase es la de los nobles, que lo son únicamente vitalicios y designados por el rey, sin que sea hereditaria su nobleza; la clase media y el proletariado tienen la misma significación que en Europa y constituyen las otras dos cla-

ses sociales, sin que exista prácticamente, desde hace ya bastantes años, la esclavitud en Siam.

Otra clase muy característica está constituida por los talapones o monjes, de los que hay generalmente una residencia en cada templo y practican su fe budista con tal fervor y rigorismo que, sin la ayuda de numerosos criados y legos, les sería absolutamente imposible la vida.

En efecto, su religión les prohíbe en absoluto matar, lo que no solamente les impide comer carne de ninguna especie, pero ni aun semillas que puedan germinar, porque destruirían la vida de la planta que de ellas pudiera nacer. Con tal rigorismo, necesitan que realicen por ellos y para ellos casi todos los actos más elementales de la vida, porque ven en todo pecado.

También hay mezclados con los thais, nombre que se dan los naturales del país, y que literalmente quiere decir "libres", numerosos chinos, que son aceptados con absoluta igualdad de deberes y derechos, siendo el pueblo de Siam el más hospitalario y bueno del mundo.

Tanto es así que los chinos, como los demás extranjeros, pueden ejercer cargos públicos y hasta ingresar en la nobleza.

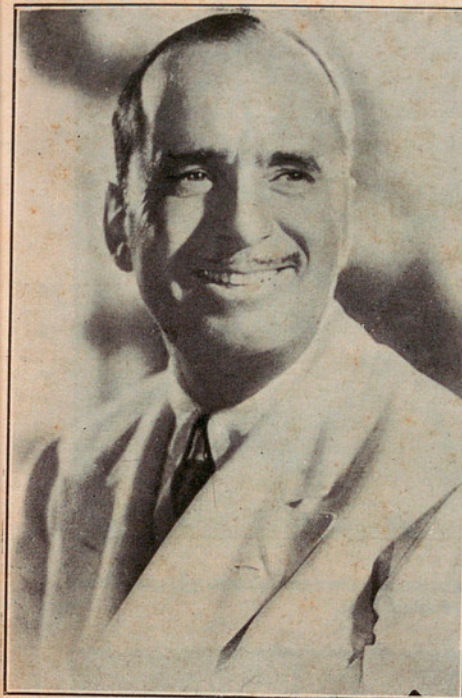
En cuanto al matrimonio, cuando un hombre y una mujer desean unirse, nadie se preocupa de la nacionalidad o raza de los novios. Verdad es que allí se le da escasa importancia al matrimonio, que queda deshecho inmediatamente por la mutua aquiescencia de ambos cónyuges.

La mujer tiene completa libertad y le son reconocidos casi los mismos derechos civiles que a los hombres.

El país estaba antiguamente en poder de los cambodgianos, cuando el año 575 fué invadido por los thais, fundándose el reino de Siam con fronteras, que han variado circunstancialmente a lo largo del tiempo, con el equilibrio entre las fuerzas de los países limítrofes y sus respectivas ambiciones.

En la actualidad se encuentra el reino enclavado entre dos colonias europeas de Francia e Inglaterra, las que ya le han arrebatado algún trozo de territorio.

Se trata de un pueblo de civilización muy antigua, pero que ha



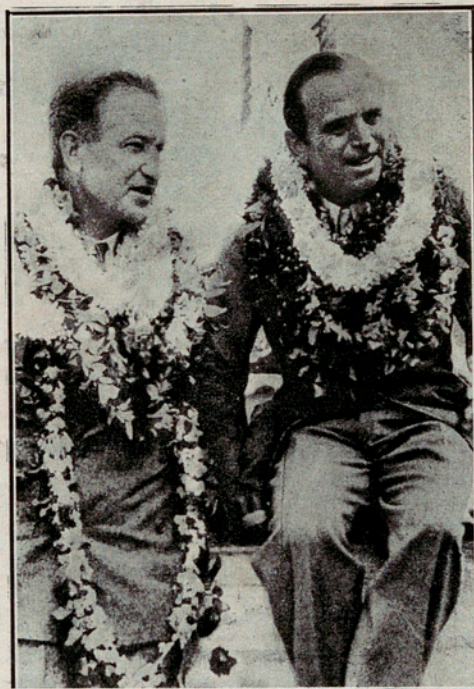
Douglas Fairbanks, todo simpatía, con quien el lector da la vuelta al mundo en ochenta minutos.



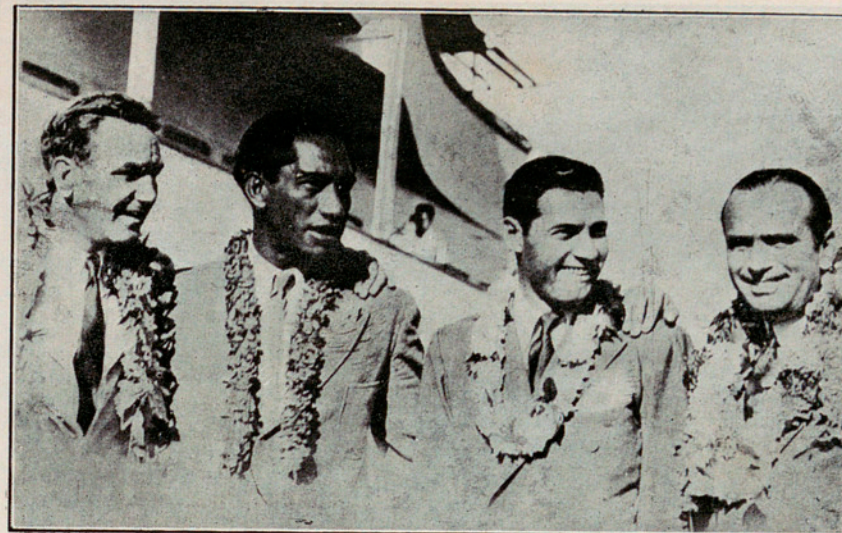
Douglas va explicando personalmente cuanto recogerá su «cameraman», para vuestro solaz, bajo su dirección.



Al llegar a Honolulu fueron recibidos los expedicionarios con gran entusiasmo y carteles con la bienvenida a Douglas.



Todas las hawaianas depositan en el cuello de Douglas amplios collares de flores.



Ved a Douglas y sus acompañantes rodeados sus cuellos por floridas cadenas, obsequio de las lindas muchachas de Hawai.



Douglas en las costas del Japón, semejantes a todas las costas.



La China legendaria, con sus templos y sus palacios prodigiosos, admira en la pantalla a quienes siguen en su viaje a Fairbanks.



En el sepulcro de Sun Yat Sen, primer presidente de la República china. Douglas ha subido las grandiosas escaleras que conducen al hermoso monumento, acompañado de [numerosos sabios chinos.



Douglas se despide de la China y de sus personajes que tan buena acogida le han hecho.



Unas jóvenes cambodgianas hacen revivir ante Douglas, con sus danzas, los genios buenos y malos esculpidos en la dura piedra de las grandiosas ruínas de Angkor.



Douglas tuvo el honor de tomar parte en una «Garden party» ofrecida por el Rey y la Reina de Siam al Cuerpo Diplomático, lo que le proporcionó la ocasión de admirar las danzas sagradas ejecutadas por las bailarinas siamesas, justamente famosas.



He aquí la torre de Delhi, en la que los nadadores se arrojan a un pozo desde una altura de 80 metros. Y no se trata precisamente de un deporte en el noble sentido de esta palabra, sino de un profesionalismo, pues dan el salto para ganarse unas monedas.



He aquí a Douglas en la corte de la Maharani de Cooch Behar, equipado de heroico cazador para asistir a la expedición sobre elefante contra tigres y leopardos.



Ved uno de los elefantes que lleva sobre el lomo una colchoneta en vez de torrecilla cuadrada. Estos primeros, en mayor número, están destinados al ojeo. Son los que penetran en el bosque y levantan la caza, llevándola a donde los tiradores la esperan en las torrecillas cuadradas.



Muerta la fiera de un certero disparo de Douglas, se aproximan los cazadores a ella, deseosos de contemplarla de cerca.



Los cazadores contemplan con satisfacción el leopardo muerto. Se trata de una hermosa pieza, pues mide dos metros con cuarenta centímetros. Su piel será un trofeo que Douglas podrá mostrar orgulloso como recuerdo de su rápido viaje.

LA VUELTA AL MUNDO CON DOUGLAS FAIRBANKS

sabido asimilarse algo de los adelantos materiales de la civilización europea. Sin llegar al plano superior del Japón, tal vez sea el pueblo que más se le aproxima en el Extremo Oriente, gracias a sus reyes de espíritu progresivo, que han procurado introducir en su reino todo género de progresos materiales y son entusiastas de la civilización occidental.

En el reino de Siam existen el teléfono, el telégrafo y los ferrocarriles, de los que en 1925 existían 2.500 kilómetros de líneas con varios ramales nuevos, prontos a ser terminados.

Siam cuenta con 9.207.000 habitantes, en una extensión superficial de 518.362 kilómetros cuadrados, lo que corresponde a una densidad de 17,77 habitantes por kilómetro cuadrado, densidad sorprendente dada la gran extensión de selva inhabitable por encontrarse en poder de temibles fieras.

Douglas tuvo el honor de tomar parte en una "garden party", ofrecida por el rey y la reina de Siam

al cuerpo diplomático, lo que le proporcionó la ocasión de admirar las danzas sagradas ejecutadas por las bailarinas siamesas, justamente famosas.

En el Siam toma el protocolo caracteres fantásticos. Todo es intensamente decorativo y sugestivo. El rey se presenta a sus súbditos rodeado de una pompa majestuosa y solemne, como sólo allí se ve, en un trono aislado, a gran altura, adornado por ornamentos de ensueño, hierático, cual una aparición divina.

Este protocolo todo suntuosidad, se traduce en las danzas sagradas en el traje de las bailarinas, trajes de ensueños de las mil y una noches. En el adorno puntiagudo de sus cabezas, recamado de gemas, dándoles aspecto de apariciones celestiales. Y bailan con extraño ritmo acompasado, con movimientos tenues y graciosos, presentando un cuadro decorativo y plástico, que el cinematógrafo es el único capaz de reproducir en toda su verdad y en toda su belleza.

VARIOS ASPECTOS DE LA INDIA

Douglas, siguiendo su fantástico viaje, pasa de Siam a la India.

La India es realmente un país de ensueño y de leyenda. Cuna de la civilización, tiene su historia una grandiosidad inmensa, que se traduce en restos arqueológicos que pasman. Todo Oriente se nos presenta lleno de sorpresas, que lo son para el viajero, pese a cuanto antes leyó. El Japón con sello característico racial, es como una concentración de la misteriosa personalidad de esos países. Siam, con lengua y literatura propias, muy característica, con costumbres civiles muy originales y con propensión, también, a asimilarse los progresos materiales de Occidente, es como la hermana menor del Japón. China es una inmensidad, un caos multiforme, ocupando una extensión geográfica inmensa y con una población total

mayor que la de Europa, y en ella todo es desconcertante e incógnito. Pero la India tiene, a la vez, fisonomía propia y diversidad grandísima. En ella hay unidad y variedad al mismo tiempo. La inmensa península indostánica, presenta pueblos y razas distintas, división en castas, religiones diferentes, millones y millones de habitantes en millones y millones de kilómetros cuadrados, pero sin el caos chino, sino con unidad de historia y de actuación. Para nosotros, la India es el país más interesante del Oriente.

Lo mismo podemos decir de su arquitectura. El Japón, la China, Siam, en todas partes hemos encontrado manifestaciones arquitectónicas que han suspendido nuestro ánimo por su grandiosidad y su arte, como representación de civilizaciones de ensueño que medio

LA VUELTA AL MUNDO CON DOUGLAS FAIRBANKS

han desaparecido en la nirvana y el olvido, ayudados por el empujón de la civilización occidental. Pero en la India, la gradiosidad de sus templos excede a todo cuanto se puede concebir. Y no se trata de determinada edificación grandiosa, tipo representativo de un país, de una raza o de una civilización. Los grandes templos portentosos de la India son innumerables y variadísimos en un alarde grandioso de diversidad.

En la India subsisten aún los grandes señores feudales, cuyas cortes son como un milagro de ostentación y fausto. Existen pueblos guerreros que usan aún el armamento de la edad media. Hay grandes ciudades en las que se entremezcla el aspecto cosmopolita con el peculiarísimo local. Hay inmensos campos dedicados a la agricultura y una masa inmensa de agricultores con características peculiarísimas. Hay confesores de la religión musulmana; parsis, de raza persa, adoradores del Sol; seguidores de la clásica religión india, que adoran la divina trinidad formada por Braama, Visnu y Chiva, divididos en castas impenetrables unas con otras — sacerdotes,

guerreros, artesanos, parias intocables...— Hay adoradores de Buda en sus encarnaciones sucesivas y seguidores de Confucio. Hay también cristianos convertidos por los misioneros.

La India está llena de diversidad en todos los aspectos, pero tal diversidad, por imposiciones geográficas, no excluye la unidad global en integración nacionalista, de donde nacen las críticas circunstancias actuales.

Douglas no ha podido, por lo visto, ocuparse del aspecto social y político presente de la India, lleno de palpitante interés de actualidad. Verdad que en el empeño de dar la vuelta al mundo en ochenta minutos no queda tiempo para entretenerse en cosas tan complejas.

Ni siquiera ha pretendido darnos una visión de conjunto que permita formarse una ligera idea de la grandiosidad de la India en su aspecto turístico, limitándose a dejarnos entrever cuanto ha encontrado al paso en su rápido viaje.

Pero lo poco que nos deja ver Fairbanks está lleno de inmenso interés y obliga al espectador a

condolerse de que la velocidad le impida compenetrarse más con tan interesante país.

Tan excelente cicerone haría bien en proporcionar a los espectadores otro viaje no tan precipitado, dedicado exclusivamente a la

India: un reportaje cinematográfico que permitiera al espectador formarse idea del problema político social indio, pero a través de lo que la India ha sido y es, tal como el cinematógrafo es capaz de hacerlo ver.

EL FAMOSO TAJ MAHAL

Douglas pone ante los ojos del espectador el famoso Taj Mahal, uno de los edificios más bellos del mundo. Puesto a concretar, con la imperiosa necesidad de ir de prisa, no está mal escogido este monumento típico.

En la larga historia de la India, hay una época característica sumamente interesante, en la que la diversidad india tuvo un freno de unidad en el dominio de los grandes emperadores.

Estos grandes conquistadores, realizando como una anticipación de lo que después se ha llamado

el peligro amarillo, invadieron y conquistaron medio mundo con sus hordas asiáticas, llegando hasta el corazón de Europa. Aquellos emperadores tártaros conquistaron también la India, en la que acabaron por establecerse definitivamente, haciéndola la sede y el centro de su inmenso imperio.

En un principio, los conquistadores eran nómadas, acostumbrados a vivir en tiendas de campaña que eran, cuando habían de alojar a los emperadores, verdaderos palacios levantados con postes, tapices y cuerdas. Luego, ya sedenta-

LA VUELTA AL MUNDO CON DOUGLAS FAIRBANKS

rios, enriquecieron el país con innumerables edificios, que son indios por haber sido levantados en la India, sufriendo las naturales influencias del país, pero que, dentro de la arquitectura india, tienen características determinantes perfectamente definidas. Tal ocurre con el Taj Mahal.

Tales características nacen como derivaciones de la tienda de campaña y como resultado de la influencia religiosa musulmana. En los templos típicamente indios, hay una profusión inmensa de masas, en las que se huye generalmente de la envilecedora simetría. Su forma predominante es la cónica, haciendo de aquellos templos ingentes montañas de piedra labrada en incontables filas de esculturas superpuestas en incontables escalones y con terminación aguda hacia arriba, como queriendo escalar el cielo azul.

En cambio, los grandes templos, sepulcros y palacios construidos por los emperadores de la India, conservando la grandiosidad característica de las otras edificaciones, respondiendo también a la grandiosidad de quienes los mandaban erigir, afectan, como la tienda, en la

que lógicamente habían de inspirarse los antiguos nómadas, formas regulares y simétricas.

La religión musulmana prohíbe la reproducción plástica de seres vivientes, como una medida higiénica contra la propensión humana hacia la idolatría, y los edificios levantados por los emperadores, como el Taj Mahal, además de ser simétricos, prescinden de la mágica floración escultórica de los templos clásicos hindus, adoptando como adornos los entrelazados geométricos.

También se nota la influencia árabe arquitectónica en los arcos en herradura, con la característica inconfundible de la India de que sus bordes se presentan siempre lobulados y, en lugar de estar constituidos por una línea curva, semicircular, forman una sinusoides que presenta abundantes lóbulos regulares y sucesivos.

Todos estos aspectos característicos se presentan en el Taj Mahal. Planta perfectamente regular y simétrica, formada por un cuadrado perfecto. Simetría absoluta en su alzada y en sus cuatro frentes. Ausencia de esculturas. Maravillosos entrelazados geométricos, que ha-

cen de aquellos muros un maravilloso encaje de mármol. Arcos que recuerdan el árabe, a veces ojivales, pero siempre lobulados y como festoneados con gracia inimitable.

Tal es este maravilloso sepulcro, todo del más blanco y puro mármol, erigido por el gran emperador Shad Djihan, para encerrar los restos mortales de su adorada esposa Nurhahab.

CEREMONIAS FUNERALES A ORILLAS DEL GANGES

Douglas nos hace, después, ver las ceremonias del enterramiento indio, que no tiene nada de enterramiento, ya que no se les da tierra a los restos mortales, sino agua, y tras de haberlos transformado en cenizas.

El Ganges es para los indios un río sagrado. Para ellos es el padre vivificador que fecunda la tierra y le hace producir los alimentos del hombre. Este río riega una extensión inmensa de terrenos, permitiendo la alimentación de la inmensa población de la India. Por ello lo adoran los indios como a un generoso padre divino. Todos

viven de él, ya que sus aguas hacen crecer los frutos de que se alimentan. Con él quieren confundirse después de su muerte, volviendo a él, reintegrándole lo que él antes generosamente les dió: la parte material de su individuo, ya que el alma pertenece a los dioses inmatrimales.

De ahí la costumbre tradicional y religiosa de incinerar los cadáveres en la orilla del río sagrado y arrojar luego a él las cenizas. De ahí el ritual de las abluciones en el río.

El Ganges viene desde esa montaña altísima, la más elevada del

mundo, que cierra el norte de la India y se llama Himalaya. Tras de recorrer mil quinientas millas, desemboca en el golfo de Bengala, pasando por incontables e importantes poblaciones, y entre ellas Benarés, y por donde Fairbanks nos lo presenta. Después de descender del Himalaya, se une con otro río, tomando desde allí el nombre de Ganges. El lugar de la confluencia es sitio sagrado al que se realizan peregrinaciones.

Su delta, en su desembocadura en el golfo de Bengala, tiene 220 millas. Importantísimos y de remota antigüedad son sus canales de riego, que reparten sus aguas sobre los sedientos terrenos, permitiendo una producción abundantísima.

La civilización moderna occidental, que tan entremezclada se halla en la India con su existencia actual, impregnada de tradiciones y recuerdos, hace acto de presencia sobre el río sagrado, cruzando su largo cauce en seis puntos por el ferrocarril.

El Ganges es ancho, pese a las grandes cantidades de agua que disemina en el regadío de los campos. Douglas nos hace ver su co-

rriente lamiendo la orilla funeraria. Luego nos presenta la conducción de los despojos mortales. Se trata de una incineración modesta. Si se tratase de un gran personaje, el acto tendría toda la magnificencia fantástica que en la India se estilaba. Pero pasamos por Delhi en un viaje vertiginoso, y no va a dar la casualidad de que, precisamente acabe de morir un potentado, ni es cosa de matarlo.

En unas angarillas es conducido el cadáver y depositado sobre la pira, que es, sencillamente, un montón de leña. Junto al montón llega la viuda inconsolable, vistiendo de blanco, color que representa el luto en el Extremo Oriente. Ella coge con su mano un largo hacesillo de paja, cuya punta es puesta en ignición y, tras de dar varias vueltas rituales alrededor de la pira, le prende ella misma fuego, siguiendo la tradición hasta cierto punto, ya que ésta prescribía antiguamente que la viuda muriese abrasada en la misma hoguera que reducía a cenizas los restos del marido.

Tan bárbara costumbre ha durado hasta no hace muchos años, y las autoridades inglesas se han

visto obligadas a desplegar mucha energía para evitar los sacrificios, venciendo un fanatismo religioso, que tenía hondas raíces en el corazón de aquella raza. El medio más eficaz para desterrar tanta barbarie ha sido difundir la cultura. El pueblo hindu parece ser que se encuentra ya capacitado para gobernarse a sí mismo, sin necesidad de una tutela civilizadora que reprima barbaridades hereditarias tan grandes. El Mahatma Gandhi, hombre que ha estudiado en Inglaterra, pero que conserva en su pecho, con profundo cariño, las tradiciones características raciales de su generosidad y humanitarismo, con sus predicaciones y su ejemplo, desterrada ya por los in-

gleses tan bárbara costumbre, ha llegado muchísimo más allá, y no por la imposición, sino por la persuasión y la difusión de la cultura. A sacar a los parias, a los "intocables", de la abyecta condición a la que les condenaba la tradición religiosa, dando así un golpe mortal a la barbarie tradicional de las castas, demostrando al mundo que la India sabe arrojar el lastre de sus supersticiones seculares para incorporarse en el camino de la civilización. Para conseguirlo, Gandhi se condenó a morir de hambre en ayuno voluntario, si no eran reivindicados y reintegrados a la dignidad humana aquellos infelices.

LOS NADADORES DE DELHI

Todo en la India es extremado, como la naturaleza misma. La geografía tiene una fuerza determinante todopoderosa. A la grandiosidad de sus selvas, de sus ríos, de sus montes, de su inmensa extensión superficial, de todo el país, responde la grandiosidad de sus magnates, de sus templos, de sus santos cual Gandhi, de la crueldad de sus guerras. Todo es grande allí, e igualmente ocurre allí también con los deportes.

Si en las islas Hawai, en las que todo es armónico, ponderado y casi mediterráneo, puede florecer el deporte de la natación con las proezas de Duk Kahanamoku, que anteriormente presenciábamos, y con el grato entretenimiento del "scurfboat", en la India el deporte de la natación ha de adquirir caracteres de grandiosidad y de peligro inmensamente mayores para responder a

las características de este fantástico país.

Así nos enseña Fairbanks a los nadadores de Delhi que se arrojan de cabeza a un pozo de treinta metros de profundidad.

Una zambullida desde treinta metros de altura en plena mar, no tiene en realidad, nada de extraordinario, aunque treinta metros corresponden a la altura de una casa de ocho pisos. Hay muchos nadadores en el mundo capaces de realizar esta "performance" sin darle la menor importancia. Si acaso, habrá que atender a la belleza del salto, guardando la línea, cayendo bien verticalmente, cual nuestro campeón español de saltos Artal.

Pero se trata de un pozo que, aunque es un poco ancho, presenta el terrible peligro de una insignificante desviación que representaría

el estrellarse contra sus paredes. En tales circunstancias, hace falta unir a las condiciones ordinarias del nadador que se zambulle desde gran altura, una precisión exactísima que permita dar el salto justamente por el eje del pozo y, sobre todo, una serenidad de ánimo muy grande y un valor a toda prueba.

En la pantalla nos presenta Douglas tan arriesgados ejercicios. Vemos aquellos nadadores de piel bronceada, y no por los baños de sol, sino por naturaleza congénita, gente joven de bello desnudo, arrojándose al profundo pozo con los movimientos justos y precisos para descender por su propio eje, y, lue-

go, subir penosamente por unas escaleras de piedra para repetir el arriesgado ejercicio.

Y no se trata precisamente de un deporte en el noble sentido que esta palabra tiene entre nosotros. Es, en realidad, un profesionalismo. Una manera de ganarse la vida, como la de nuestros pilluelos de los puertos mediterráneos que capuzan para coger en el fondo del mar con la boca una moneda que arroja al agua algún viajero curioso. Estos nadadores explotan así el turismo realizando tan arriesgados ejercicios para que el turista les gratifique con unas cuantas monedas.

LOS MONOS SAGRADOS DE LA CIUDAD DE DELHI

Si Siam tiene su elefante blanco, considerado como animal sagrado y cuidado con veneración y respeto, costando carísima su manutención, hasta el punto ya señalado de poder servirle al rey para obligar a un noble a arruinarse, Delhi tiene también sus monos sagrados, atendidos cuidadosamente y alimentándose con manjares seleccionados que muchos hindus quisieran poder digerir.

Douglas nos los presenta con la simpatía característica de estos animales, a los que la domesticidad y el buen trato correspondiente a su consagración, les hace transformarse casi por completo en hombres.

El paso de estos simpáticos cuadrumanos por la pantalla, es una nota agradable para los espectadores, para nosotros los viajeros que seguimos a Fairbanks en su rapidí-

simo periplo contemplando las maravillas del Oriente.

Antes de dejar la ciudad de Delhi con sus monos sagrados y nadadores acrobáticos, nos creemos en el deber de completar la película dando al lector someras noticias sobre esta población.

Delhi es la residencia del virrey de la India y antigua capital de los emperadores mongoles.

En el año 1911 tenía una población de 232.575 habitantes, pero después, con la capitalidad, crece con bastante rapidez.

Está rodeada por las ruinas de una antigua ciudad grandiosa que nos habla de la inmensa importancia de esta población cuando radicaba en ella la capitalidad del vasto imperio de la India, pues tales ruinas cubren un área de ciento veinte kilómetros cuadrados...

La ciudad nueva se extiende en 3.600 metros a lo largo de las orillas del río Jumna.

El palacio imperial, ocupado ahora por el virrey de la India y edificado de 1638 a 1648, cubre con sus muros de cierre casi toda la extensión de la orilla del río.

En él existían dos salas de audiencia con sus dos tronos grandiosos en los que daba audiencias el gran emperador. La mayor y principal tenía el gran trono, llamado también "el gran diván", de un tamaño colosal y adornado con profusión de piedras preciosas que realizaban el valor del oro de que estaba construido hasta la cifra fantástica de 150 millones de pesetas.

Este trono fué robado por los persas tras de su victoria sobre los emperadores mongoles, y se suponía que subsistía en Persia. Pero investigaciones arqueológicas han demostrado que no queda ningún vestigio de él.

La ciudad no tiene ahora la fastuosidad tradicional correspondiente a aquellos tiempos de gloria, aunque va creciendo y mejorando rápidamente.

Es históricamente famosa la

"Cauem Cauk" o calle de plata, que estaba reputada como la mejor calle del mundo. Esta calle, en la actualidad, es importantísima, y la mejor de la ciudad, pero dista muchísimo de la fastuosidad que tuvo en los tiempos imperiales.

Verdad es que la capitalidad imperial llenó de tragedia, al mismo tiempo que de grandeza, a esta hermosa ciudad. La centralización de tan inmenso poder, constituía una debilidad. Cosa tan grande y tan ambicionada entre las manos de un solo hombre de vida precaria como todos los mortales, conducía fatalmente al regicidio.

En Delhi han tenido realización los crímenes más sanguinarios y terribles y las luchas personales y dinásticas han sido seguidas del degüello en masa de todos los parientes del vencido por órdenes implacables del vencedor, deseoso de consolidar el fruto de sus crímenes.

Los alrededores de esta población están llenos de suntuosos sepulcros de los emperadores y sus deudos, así como de grandes mezquitas y templos, siendo este país, arquitectónicamente, uno de los más interesantes de la India.

EN LA SUPERVIVIENTE INDIA FEUDAL

Más adelante, Douglas Fairbanks nos conduce a la superviviente India Feudal.

Inglaterra domina en la India. Pero en la India, aparte de la inmensa región en la que Inglaterra domina soberanamente, hay otra en la que su poder es relativo y ejercido por el intermedio de los Rajás, Maharajás y Mahaharajás.

Estos son los antiguos reyes independientes que reconocen la soberanía inglesa, pero siguen reinando como feudatarios del imperio.

Al tratarse de darle a la India una constitución unificadora, ha sido indispensable contar con estos príncipes indios, que han tomado parte en las diferentes asambleas de Mesa Redonda en representación de intereses creados y de una soberanía histórica que Inglaterra no podía desconocer.

Claro es que estos principados, o reinos semiindependientes, forman parte del inmenso imperio democrático inglés y que la metrópoli tiene siempre entre sus manos medios coercitivos que sirven de freno a la tiranía de estos señores absolutos. Pero el hecho de que haya tenido que intervenir frecuentemente Inglaterra, llegando, en ocasiones, a tener que destronar a alguno de estos reyezuelos y substituirlo por su heredero, demuestra que son propensos a abusar de su poder personal omnímodo.

Generalmente ejercen su tiranía esquilmando a sus súbditos para darse en Europa una vida fastuosa, y sus ministros son los verdaderos tiranos personales que satisfacen aun más absurdos e inhumanos caprichos.

Pero, cuando estos rajás o maharajás viven en su país, su reina-

do nos recuerda la edad media realzada por la fantasía oriental con una magnificencia verdaderamente deslumbrante que origina inmenso contraste con la miseria de sus vasallos.

Son famosos los tesoros de estos príncipes indios y la fabulosa colección de piedras preciosas que guardan, casi tanto como su afición a enamorarse de bailarinas europeas y convertirlas en sus esposas legítimas.

Con ellos toma esencia de posibilidad, y aun dé realidad, el cuento infantil del rey que se enamora de una modesta muchacha por su gran hermosura y la eleva a su trono.

Pero se trata de un trono prodigioso que la imaginación occidental no acierta a imaginar.

Tales reyezuelos son, en sus reinos, casi tanto como un dios, y se presentan con una auténtica aureola de divinidad sobre elefantes equipados por templetes de oro sobre gualdrapas de púrpura. Las piedras preciosas valoradas en sumas fantásticas, no se contentan ya con brillar en su dedo o en su turbante, o con aparecer sobre los bordados de sus túnicas, sino que pasan a adornar sus muebles, o los

áureos templetes en los que, sobre sus elefantes, caza el reyezuelo tigres.

Es legendaria la fastuosidad de sus palacios y el ritual protocolario de sus fiestas. La ostentación rivaliza entre unos y otros y la vida de estos príncipes, fuera de sus escapadas a Europa, donde hacen un poquitín el ridículo, se desliza con los encantos de un cuento de las mil y una noches.

Entretanto, como ocurre siempre en la actual organización social, al lado del máximo esplendor está siempre la máxima miseria. Los vasallos de estos régulos viven una vida miserable de rudísimo trabajo y de privaciones más que inverosímiles. En la inmensa multitud de la población india, el hambre amenaza con frecuencia, en complicidad con la peste.

Es evidente que la administración inglesa no puede vanagloriarse de su organización. Gandhi y los suyos tienen por delante una ímproba labor a realizar para encauzar la vida de los indios por los derroteros de la moderna civilización que, si tantos defectos tiene y tantas injusticias encierra, al lado de la vida en los principados indios, de la divi-

són en castas, de las rivalidades religiosas, de la dureza de la explotación del proletariado indio y del continuo peligro de peste y de hambre, es algo envidiable para aquellos desdichados.

Douglas nos lleva, en su virtiginoso viaje, a estas tierras feudales que viven con muchos siglos de retraso, haciéndonos conocer y visitar el palacio de Cooch Behar y presentándonos a la Maharani (femenino de Maharajá), regente de aquella región durante la menor edad de su hijo el Maharajá heredero.

Se trata de una mujer relativamente joven y sumamente hermosa, dotada de un porte majestuoso y aristocrático, que viste el traje típico femenino del país, aun cuando acaba de regresar de una larga

excursión por Europa. En la puerta de su palacio da audiencia a sus vasallos que, en interminable línea, esperan impacientemente ser atendidos, suplicantes con las manos enlazadas en gesto de ansiedad.

Así recibían en la edad media los reyes a sus vasallos para ejercer personal y directamente la justicia, cual San Luis de Francia bajo el árbol famoso.

Estos súbditos, ante el poder inmenso de sus reyezuelos, deben considerarlos poco menos que un dios.

Pero esta dama mundana, conocedora de Europa, cuyos salones viene de frecuentar, iniciada en nuestras costumbres, recibe a Douglas Fairbanks con todas las consideraciones que su fama se merece, y organiza en su honor una carcería de tigres y leopardos.

LA CACERIA SOBRE LOS ELEFANTES

Si la India tiene grandes ciudades, ríos sagrados, palacios portentosos, campos de regadío fértiles y ferrocarriles modernos, tiene también abundantes selvas vírgenes.

En las cálidas regiones tropicales, el hombre puede imponer con muchísima dificultad su dominio absoluto, porque en ellas la tierra es tan plétórica de vida, que toda fuerza humana sucumbe ante dicha plétora.

En la India hay grandes regiones de selva virgen, de "jungle", en donde todo género de animales salvajes campan por sus respetos. Son tierras fértiles que el hombre no ha podido aún arrancar a la naturaleza, en ellas prepotente.

En las aldeas próximas se vive en continuo sobresalto y son muchos millares las personas que mueren cada año víctimas de los tigres, los

leones, los cocodrilos o las serpientes.

Porque ocurre que en la India hay una población numerosísima, pero también hay una extensión superficial enorme en combinación con un clima tropical favorable a la vida salvaje.

En estas selvas es donde los rajas organizan sus cacerías de tigres para solaz propio o de sus huéspedes. A una de ellas nos va a hacer asistir Douglas, para demostrarnos que él es también capaz de sentir nerviosidad, que es uno de los síntomas más visibles del miedo.

La cacería, según la costumbre india, es organizada sobre elefantes. Cincuenta de estos gigantes animales, perfectamente domesticados, concurren a la expedición, guiados cada uno por su "kornak" que va montado sobre su cabeza e

LA VUELTA AL MUNDO CON DOUGLAS FAIRBANKS

indica al animal con una varilla, golpeándole suavemente, hacia donde ha de marchar.

De estos elefantes, unos llevan sobre sus lomos unas colchonetas, mientras que otros soportan unas torrecillas cuadradas. Los primeros, en mayor número, están destinados al ojeo. Son los que penetran en el bosque y lo van recorriendo todo para asustar a la caza, levantarla y hacerla huir ante ellos, empujándola hacia donde los cazadores la esperan sobre las torrecillas cuadradas.

El bosque es soberbio, casi impenetrable. Solamente la mole enorme de los elefantes es capaz de avanzar entre aquella espesura aplastando y derribando cuanto se opone a su paso. Este bosque es el terreno propio de las fieras que se juzgan, entre su espesura, gracias a su aparente impenetrabilidad, completamente seguras, como en su propia casa.

El leopardo, ese gato gigantesco, de instintos sanguinarios, vive su vida rodeado de abundante caza, sin sospechar que él también puede ser cazado.

Pero, de repente, la tranquilidad y la seguridad del bosque han des-

aparecido. Treinta o cuarenta monstruosos elefantes, sobre los que vienen las figurillas de una especie de monos, avanzan en fila a través del bosque, aplastándolo todo, barriéndolo todo, azotando el espacio furiosamente con sus trompas.

El leopardo es presa de pánico y huye delante de aquella avalancha aterradora.

Así, los ojeadores le conducen hacia donde traidoramente le esperan los rifles asesinos de los hombres, cuyo poder destructor desconoce el animal.

Douglas Fairbanks, encaramado en la torrecilla, sobre el elefante decano de la expedición, que lleva más de cincuenta años practicando este deporte, por el que siente verdadero entusiasmo, a pesar de estar rodeado por excelentes tiradores experimenta determinada inquietud.

Tiene ante sí la selva espesa y enmarañada en la que es imposible ver nada y de la que debe aparecer repentinamente el leopardo señalado previamente y acosado por los ojeadores.

Estos se acercan, denunciando su proximidad con el escándalo que

arman, y la fiera no puede tardar en presentarse, en aparecer impensadamente, sin que sea presumible por dónde.

Y, cuando la fiera se presente, será indispensable matarla de un disparo cetero, pues en otra forma, si se le deja tiempo, con su agilidad maravillosa, puede saltar fácilmente sobre él y destrozarlo.

Estas consideraciones y la incertidumbre en las proximidades del momento inminente, siembran de nerviosidad el ánimo de Douglas, y en la pantalla podemos apreciar fácilmente su inquietud.

También nos deja ver Douglas en su cinta la labor de los elefantes ojeadores y la fiera acosada con sus movimientos felinos llenos de suprema elegancia.

Por fin, el leopardo, huyendo de los ojeadores, sale de las espesuras del bosque frente a Douglas Fairbanks que, serenándose repentinamente, afina su puntería y dispara sobre ella, haciéndola rodar. Ha sido un verdadero éxito. Puede estar orgulloso Fairbanks de ser un excelente cazador sobre elefante...

Se trata de una hermosa pieza, pues mide dos metros con cuarenta

centímetros. Su piel será un trofeo que nuestro explorador podrá mostrar orgulloso como recuerdo de su viaje alrededor del mundo en ochenta minutos, de los que pudo consagrar alguno a tales hazañas cinéticas.

Pero, contra lo esperado, la cacería no ha terminado aquí.

Es señalada la presencia en el bosque de otro leopardo que tiene aterrorizado al pueblo vecino, al que hace padecer sus depredaciones, habiendo ocasionado ya numerosas víctimas, devorando perros, animales domésticos y aun hombres.

Estaban examinando la pieza cobrada cuando lo vieron venir amenazador. Disparó el compañero de Douglas errando el tiro y la fiera huyó ilesa camino del pueblo, cuyos habitantes huyeron despavoridos.

Pero una bala alcanzó al animal y lo mató.

Los indígenas agradecen muchísimo a los extranjeros que maten los leopardos, cosa que ellos no se atreven a hacer, porque son muy supersticiosos y temen mucho más al alma del leopardo que al leopar-

do mismo. Si un indígena matase a un leopardo, el alma de esta fiera se consagraría a la venganza y le haría imposible la vida.

LA PESADILLA DE DOUGLAS

Terminada la cacería, los cazadores descansan durmiendo en tiendas de campaña, cuando, de repente, se presenta un tigre feroz y hambriento que ha olido a carne humana y acude por ella.

Es sabido que el tigre, mientras no ha probado la carne del hombre, tiene poca decisión para atacarlo y, generalmente, huye ante él. Pero cuando un tigre ha comido una vez carne humana, la encuentra tan sabrosa que ya no sueña más que con comer hombre. En la India se ha registrado el caso de numerosos tigres comedores de hombres que han ocasionado innumerables víctimas, dedicados a su cacería con todas las astucias felinas de que esta fiera dispone.

Debía tratarse, indudablemente,

de un tigre antropófago, ya que se acercaba cauteloso y decidido, atraído por el delicioso tufillo del humano.

Uno de los del séquito se despierta y lanza un grito horrible de espanto, cayendo la fiera inexorable sobre él.

El revuelo que se origina en el campamento es indescriptible y Douglas, provisto de su escopeta, avanza decidido sobre el feroz animal. Muy cerca de él, temiendo de un momento a otro la feroz acometida, el salto terrible al que ningún hombre puede resistir, apunta cuidadosamente Douglas con toda sangre fría y dispara.

Pero el tiro no sale y, abriendo la recámara, observa el ilustre ac-

tor que su fusil se encuentra descargado.

¿Qué hacer en caso tal? Douglas tiene la sospecha de que el tigre se lleva a uno de los suyos para devorarlo, y eso él no lo puede consentir. Si está desarmado, luchará a brazo partido. ¿Qué hay en el mundo capaz de detener a un americano de Hollywood? Y Douglas corre decidido tras el tigre.

El tigre corre mucho, pero Douglas Fairbanks corre mucho también. Tiene de ello conquistada buena fama. El bosque está lleno de obstáculos, pero Douglas es un especialista en vencerlos. El tigre se detiene a verlo venir, pero avanza él tan decidido sobre el animal que lo asusta y le obliga nuevamente a huir.

La persecución de un tigre feroz por un hombre inerme es de una emotividad espeluznante y la carrera de Douglas un espectáculo maravilloso de atletismo.

Un salto final aparatosamente trágico, y Douglas cae junto al cubil de la fiera, a la que reta valeroso, sin que ella se decida a salir, por lo que nuestro héroe se decide a entrar.

Y comienza la lucha verdaderamente épica entre un hombre y una fiera.

Abrazados ruedan en mil vueltas, unas veces él encima y otras debajo, en terrible abrazo mortal.

Ruge el tigre en forma feroz y grita casi rugiendo también Douglas transformado en fiera por su indomable valor. El espectador tiene sus nervios en hipertensión y sigue con ansiedad las peripecias del combate...

Pero, grita y ruge tanto Douglas, que despierta a los compañeros de campamento que acuden... y lo encuentran en su cama, víctima de una pesadilla luchando ferozmente con... una piel de tigre.

Trabajo les cuesta despertarlo, y trabajo le cuesta a él tranquilizarse, tras de haber experimentado tan a lo vivo las terribles sensaciones de aquella lucha horrorosa.

Largo rato está con las manos en la cabeza sin acabar de convenirse de que únicamente se trataba de una pesadilla.

Estos inconvenientes tienen las impresiones demasiado fuertes que se experimentan en una cacería de tigres.

LOS PRODIGIOSOS JUEGOS DE UN FAQUIR

La India es el país de los faquires, capaces de realizar los milagros más portentosos y desconcertantes.

No podía, pues, Douglas pasar por la India sin presentarnos alguno de estos misteriosos personajes.

El que nos muestra Douglas en este viaje, no es uno de esos astros faquires indios vestido de harapos que viven de las limosnas que reciben.

Tampoco es uno de esos que se presentan medio desnudos acostados sobre un lecho de púas agudas descansando grata y blandamente.

Ni de los que se descalzan y pisan sobre vidrios rotos o afilados cuchillos.

Ni de los que se atraviesan los músculos con largas agujas.

Se trata de un faquir vestido a la europea, aunque con sobria ves-

timenta negra y demostrando claramente por su tipo y facciones que pertenece a la raza de los indios.

Su trabajo es verdaderamente espeluznante. Ante él hay un cesto de reducidas dimensiones con su tapa. Un bello adolescente de puras facciones saluda amablemente a los espectadores y, luego, es introducido en el cesto, en el que apenas cabe y en el que no puede materialmente moverse.

Luego, el faquir, imperturbable, va atravesando el cesto, colocado sobre un taburete, sin posibilidad de que el adolescente se escape por ninguna parte, con numerosas espadas y sables, que han de atravesar forzosamente el cuerpo del niño.

Cuando todos contemplan consternados la escena, seguros de que, atravesado quince o veinte veces el

cuerpo de aquel infeliz muchacho, es éste ya cadáver, el faquir retira los aceros homicidas, abre el cesto, y el jovenzuelo salta fuera completamente sano saludando.

Sin embargo, parece que este jueguecito no le ha impresionado mucho a Douglas. Se trata de algo conocido hace mucho tiempo en Europa. El autor recuerda haber leído en su infancia la descripción de dicho juego y el descubrimiento de su truco en un libro del gran prestidigitador francés Robert Oudin. Sólo que éste lo presentaba más llamativa y espectacularmente, atravesando el cesto por diferentes partes con una sola espada, respondiendo a cada estocada un agudo grito doloroso del niño, de vez en vez más apagado, y saliendo la espada tinta en sangre.

Douglas toma a broma el juego y lo demuestra haciendo juegos de manos él también, como el de ponerse sobre los nudillos un pitillo y haciéndolo saltar hábilmente con un golpe dado con la otra mano para recogerlo en el aire con sus labios.

Después juega con su caja de cerillas que mueve hábilmente con los nudillos de su mano izquierda,

figurando que tira de ella con un hilo invisible manejado con su diestra.

Realmente, el juego del cesto le ha parecido poca cosa y le han interesado mucho más los trabajos de un domador de serpientes que le han precedido.

Las serpientes son la más terrible plaga oriental y causan cada año incontables víctimas, sin contar las innumerables bestias domésticas muertas por tan odiosos animales.

La lucha en todo Oriente contra sus mordeduras es algo muy interesante, ya que la plétora de vida de estos climas tropicales hace imposible terminar con la existencia de esta plaga.

Cuando pasó Douglas por el laboratorio destinado a la lucha contra la mortalidad debida a las serpientes, pudo observar variadísimos tipos de tan repugnantes animales, y cómo era recogido cuidadosamente el veneno fulminante que destilan sus dientecillos para sacar de él remedio contra las mordeduras. Nos abstenemos de reseñar dicha visita por encontrarla verdaderamente horrible y de mucho cuidado para los supersticiosos.

Pero el hecho es que, antes de que el faquir nos gastara la broma del cesto y del adolescente, el domador de serpientes había determinado la admiración de Douglas mucho más que el juego de manos de después, y que Fairbanks exteriorizó su menosprecio con su burlesca prestidigitación del cigarrillo y la caja de cerillas.

E, indudablemente amoscado, el faquir intentó desquitarse y le consiguió indudablemente con otro jueguecito que sería para hacerle reventar a uno de admiración si lo viera hacer directamente, como le ocurrió a Douglas, en lugar de verlo, como nosotros, sobre la pantalla y a través, sucesivamente, de dos objetivos: el del aparato toma vistas y el del proyector.

Arrojó el faquir una cadena bastante delgada sobre el suelo y, tras de hipnotizarla con sus pases mágicos, la cadena se enderezó tensa hacia arriba en el aire, como si fuese una varilla rígida.

Después el niño que estuvo antes en el cesto, trepó ágilmente por ella hasta su punta y, una vez arriba, tiró de ella recogiéndola en lo alto en un puñado o especie de ma-

deja, quedando así suspendido en el espacio a tres o cuatro metros sobre el suelo.

Douglas lo contemplaba maravillado y con la boca abierta, cuando se le ocurrió consultar su reloj, tal vez para contar los minutos que el chaval permanecía en el espacio desafiando las leyes de la gravedad, dándose de morradas con Newton...

Y, al ver la hora que era, toda su admiración desapareció inmediatamente para consagrar su atención íntegra a una preocupación que absorbía todos sus pensamientos.

Tenía el empeño decidido en dar la vuelta al mundo más velozmente que Julio Verne, y se había marcado el tiempo de una hora y veinte minutos, faltándole únicamente cuatro para que expirase el plazo perentorio y fatal.

Exteriorizó Douglas su desesperación por haberse entretenido demasiado contemplando las maravillas de Oriente, pareciéndole imposible realizar ya íntegramente su plan, cuando el faquir le dijo, seguramente en tono burlón:

—¡Si tuviera usted una alfombra mágica!

¡El tapiz mágico! ¡Pues no le

era a él poco conocido y no lo había utilizado poco en el curso del film "El ladrón de Badgad!

Era una idea excelente y daba la casualidad de que se encontraban,

él y sus tres acompañantes, sentados sobre un tapiz. Ahora le demostraría él al faquir indio lo que son capaces de hacer los faquires de Hollywood.

VOLANDO SOBRE EL TAPIZ MAGICO

No había tiempo que perder. ¡Cuatro minutos! Era necesario salir volando a tres mil kilómetros por minuto.

El niño que se sostenía en el aire por los encantamientos del faquir había terminado por desaparecer. ¿Cómo podía explicarse tal milagro? Tales experiencias, que hay quien asegura haberlas presenciado, tienen también su explicación. Se trata solamente de que el faquir hipnotiza al espectador y le hace creer que ve lo que realmente no existe.

Pero Douglas no se preocupaba mucho de ello, El caso era salir vo-

lando inmediatamente sobre el tapiz mágico.

O sea, transformar en mágico el tapiz sobre el que se encontraban sentados.

Y el tapiz se elevó por los aires majestuosamente, con gran pasmo del faquir indio, del encantador de serpientes y de cuantos presenciaron tan pasmoso acontecimiento.

Ya tenían ellos noticias de los tapices mágicos, porque todos ellos, como buenos orientales, habían leído los cuentos de las mil y una noches, pero creían que se había perdido el secreto con los tiempos y que tales tapices no existían ya en la tierra. Pero he aquí que aquellos

LA VUELTA AL MUNDO CON DOUGLAS FAIRBANKS

extranjeros atontados, que se tragaban los trucos como pudieran tragarse ruedas de molino, poseían el mágico secreto de volar sobre una alfombra. Y se maravillaron, porque ellos no conocían los misteriosos trucos de la cinematografía, ni la inmensa habilidad que, para utilizarlos, poseía Douglas.

La alfombra se elevó majestuosamente por los aires e inmediatamente emprendió velocísima carrera.

En sus oscilaciones, a veces, los espectadores experimentaban la sensación del vértigo. Olvidándose de la absoluta seguridad de la magia cinematográfica; sentían por momentos la angustia de que pudiera volcarse el tapiz y dejar caer a alguno de sus tripulantes desde tan inmensa altura. Les apenaba la fragilidad de aquella embarcación.

Mientras tanto, los que viajaban sobre la alfombra cómodamente sentados, colgandero algún pie, hablaban:

—¿Qué es lo que más te ha maravillado de cuanto has visto?—le preguntaba uno a Douglas.

—El pajarraco aquel que sacaba agua tirando de un hilo con el

pico y ensartaba cuentas en otro hilo formando un collar.

—Ahora volamos sobre el desierto árabe—añadía otro.

—Tanto calor como debe hacer ahí abajo y tan ricamente como vamos, sin frío ni calor, gracias a la magia—comentaba Fairbanks.

—Gracias al truco de la magia—le objetaba uno.

—Gracias a la magia del truco—decía otro.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡He ahí el Vesubio!

Realmente caminaban muy aprisa, ya que el famoso volcán de Italia, con su cráter humeante como una terrible amenaza para la paradisíaca ciudad de Nápoles, desfilaba veloz bajo sus pies.

Era el terrible volcán histórico; el que se estuvo dos o tres días vomitando cenizas que cayeron en forma de espesa lluvia, sorprendiendo durante la primera noche a los habitantes de Herculano y Pompeya en profundo sueño y dejándoles enterrados para muchos siglos.

Pero antes de tener tiempo para entregarse a tales consideraciones, casi simultáneamente a la visión del Vesubio, pasaron sobre Roma, la ciudad de los Césares, la ciudad

de los Papas, la ciudad de Mussolini, contemplando, desde su observatorio, la majestad de sus grandes monumentos.

Y, sin casi tiempo para darse cuenta de ello, vieron bajo sus pies las azules aguas del Atlántico, volando sobre ellas raudamente, con una velocidad inmensamente mayor que la que desplegó Lindberg.

La travesía del Atlántico, con tantas dificultades y víctimas conquistada por los aviadores, era, con la magia de la alfombra, un juego de niños.

El día 27 de marzo de 1919 quedó realizada la primera travesía aérea del Atlántico a costa de un esfuerzo portentoso y de un gasto colosal, en busca del premio de 10.000 libras instituido por el *Daily Mail*, aventura realizada por la casa Curtis con una escuadrilla de tres hidros, habiendo desplegado la marina de guerra norteamericana a todo lo largo del camino cinco acorazados y veintidós destroyers. Uno de los tres hidros, el "N. C. 4" llegó a su destino, pero tardó más del límite impuesto, y no ganó el premio.

El 14 de junio de 1919, a las cuatro y trece minutos de la tarde,

salió de Terranova un biplano "Wickers", tipo Vimy, tripulado por el capitán de la aviación inglesa Alcock y el teniente Brown, aparato terrestre sin flotadores que se desprendió del tren de aterrizaje una vez emprendido el vuelo para aligerar, y tuvo la suerte de llegar a Clifden a las diez y siete horas y media, favorecido constantemente por el viento, ganando el bonito premio equivalente a más de medio millón de pesetas.

Después son registrados los vuelos de Sacadura, Cabral y Gago Coutinho, del aviador yanqui Martin, acompañado de los tenientes Smith Wades y Erik Nelson. El aviador Mac-Laren, el francés Pelletier D'Oisy, el italiano Locatelli, de Zanni, Avrachard y Carol, los holandeses Vaden Hoop y Van Weerden, Amundsen, De Pinedo, los japoneses Abe y Kawatchi, y otros muchos notables, demostrativos de la potencialidad creciente de la aviación.

Pero, sin embargo, la alfombra mágica era muchos siglos anterior al aeroplano y de resultados mucho más positivos.

Sobre ella, nuestros expedicionarios atravesaron el Atlántico en

pocos minutos y se vieron, por fin, sobre los gigantescos rascacielos de Nueva York, contemplando a sus pies el famoso Broadway, la quinta avenida, la isla de Manhattan, el puente colgante que la une con Brooklyn.

Continuaron volando vertiginosamente sobre el territorio de la Unión, sobre tierra seca que, sin que ellos lo sospecharan en aquel entonces, pronto será húmeda, cuando se vieron sorprendidos por balas que pasaban silbantes y amenazadoras.

¿Qué ocurría? ¿Acaso había quien se dedicaba a cazarlos creyéndolos un pájaro raro? No. Pronto se dieron cuenta de lo que pasaba. Era que atravesaban sobre la ciudad de Chicago, en donde incontables gangsters—en castellano pistoleros—estaban continuamente disparando sus pistolas o sus ametralladoras y las balas perdidas pasaban continuamente silbando por allí.

Impresiones rápidas, sucesivas, sin tiempo para pensar en ellas, más veloces aun que esta lectura, ya que, al cabo de los cuatro minutos, se encontraban finalmente sobre Hollywood, habiendo termi-

nado su vuelta al mundo en los ochenta minutos que para ello había presupuestado Douglas.

Ya han llegado, ya han cerrado el periplo, ahora ya no hay prisa y pueden descender lentamente. Hacerlo con la velocidad de 3.000 kilómetros por minuto usada en el viaje, hubiese sido catastrófico. Ni aun la magia de la imaginación permite hacer compatible tal caída con la integridad física de los expedicionarios.

Despacio, poquito a poco, recreándose con la contemplación del paisaje familiar, desciende Douglas sobre los estudios, satisfecho plenamente de su expedición.

Recapitula sus recuerdos saboreando el delicioso regusto de las impresiones experimentadas. Honolulu y las mozas del interior de la isla que lo cubren de flores. El Japón galante y heroico con su montaña Fujiyama, la japonesa graciosa y su vida casera, el puerto de Hong-Kong con sus mendigos, la procesión que recorre las calles de esta ciudad, los tejedores de tapices pacienzudos, la fábrica de algodón de Wing On, las plantaciones de arroz, el peluquero chino martirizando a su víctima, los in-

contables soldados chinos en interminable desfile, las tropas de desembarco norteamericanas con sus "caballos marinos", el palacio de verano de los emperadores de la China, la tumba de Sun Yat Sen y los sabios chinos tan feos, el ministro Wong y el doctor Mai Lang Fang con su hijito cantor; Filipinas y el general Aguinaldo, el templo de Angkor y su ágil escalada, los taxis elefantes, el Wat Chang de Bangkok todo recubierto de pedacitos de vajilla rota, el río-callemercado lleno de animación, el elefante blanco, el boxeo a patadas, la pelota jugada en corro con las cabezas y los pies, la comida de gran gala y gran sudor, el Taj Mahal, la cremación de un muerto a orillas del Ganges, el pozo de Delhi, al que se arrojan de cabeza los nadadores a cambio de unos cén-

timos; los monos sagrados, la Maharani de Cooch Behar, la caza del leopardo, la lucha a brazo partido con un tigre durante la terrible pesadilla, el pájaro amaestrado, las serpientes domesticadas por el encantador, el faquir y su chaval, la alfombra mágica...

Esta desciende, desciende suavemente y aterrizando con más suavidad que un autogiro. Se ha terminado el viaje. Ahora a revelar las películas, a completar los trucos, a buscar quien tenga una voz que responda al tipo de Douglas y a doblar la parte sonora en castellano.

Después son enviados los rollos a España y, tras de la adecuada publicidad y propaganda, llega el estreno, que es un nuevo triunfo para Douglas Fairbanks, el artista de los más rotundos éxitos.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|---------------------------|---------------------------|----------------------------|--------------------------|
| La viuda alegre. | Un cierto muchacho. | El dios del mar. | ¡Qué viudita! |
| El gran desfile. | ¡Nostalgia! | Anne Christie. | El camino de la vida. |
| Miguel Strogoff o el | La ruta de Singapore. | Sevilla de mis amores. | Noches de Viena. |
| Correo del Zar. | La actriz. | Horizontes nuevos. | Mamá. |
| La princesa que supo | Mister Wu. | Ben-Hur (edición popu- | Eran trece. |
| amar. | Renacer. | lar). | Cheri-Bibi. |
| El coche número 13. | El despertar. | La incorregible. | Bésame otra vez. |
| Sin familia. | Las tres pasiones. | El malo. | Camarotes de lujo. |
| Mare Nostrum. | La melodía del amor. | El pavo real. | Los hijos de la calle. |
| Nantás, el hombre que se | Cristina, la Holandesa. | Bajo los techos de París. | La divorciada. |
| vendió. | ¡Viva Madrid, que es mi | Wu-li-Chang. | Madame Satán. |
| Cobra. | pueblo! | Montecarlo. | ¡Cuándo te suicidas? |
| El fin de Montecarlo. | Sombras blancas. | Camino del infierno. | Marianita. |
| Vida bohemia. | La copia andaluza. | ¡Mio serás! | El carnet amarillo. |
| Zazá. | Los cosacos. | ¡Aleluya! | Honrarás a tu madre. |
| ¡Adiós, juventud! | ¡Caros. | La mujer que amamos. | Su última noche. |
| El judío errante. | El conde de Montecristo. | Al compás de ¾. | Las alegres chicas de |
| La mujer desnuda. | La mujer ligera. | La princesa se enamora. | Viena. |
| La tía Ramona. | Virgenes modernas. | Amanecer de amor. | ¡Viva la libertad! |
| Casanova. | El pagano de Tahití. | El gran desfile (edición | Malvada. |
| Hotel imperial. | Estrellas dichosas. | popular). | El teniente del amor. |
| Don Juan, el burlador | La senda del 98. | Du Barry, mujer de | Deliciosa. |
| de Sevilla. | Esto es el cielo. | pasión. | Cielo robado. |
| Noche nupcial. | Espejismos. | La viuda alegre (edición | Amargo idilio. |
| El séptimo cielo. | Evangelina. | popular). | Honor entre amantes. |
| Beau Geste. | Orquídeas salvajes. | Angeles del infierno. | Para alcanzar la luna. |
| Los vencedores del fuego. | El caballero. | Cuerpo y alma. | El hombre que asesinó. |
| La mariposa de oro. | Egoísmo. | El impostor. | ¡Ríndase! |
| Ben-Hur. | La máscara del diablo. | Esposa a medias. | La calle. |
| El demonio y la carne. | El pan nuestro de cada | Esclavas de la moda. | El prófugo. |
| La castellana del Líbano. | día. | Petit Café. | Milicia de paz. |
| La tierra de todos. | Vieja hidalguía. | Hay que casar al príncipe. | Amores de medianoche. |
| Tripoli. | Poseión. | Inspiración. | Miguel Strogoff o el |
| El rey de reyes. | Tentación. | El proceso de Mary | Correo del Zar (edición |
| La ciudad castigada. | La pecadora. | Dugan. | popular). |
| Sangre y arena. | El beso. | En cada puerto un amor. | La hermana de San |
| Águilas triunfantes. | Ella se va a la guerra. | Marruecos. | Sulpicio. |
| El sargento Malacara. | Los hijos de nadie. | ¡Conoces a tu mujer? | El demonio y la carne |
| El capitán Sorrell. | El pescador de perlas. | El millón. | (edición popular). |
| El jardín del edén. | Santa Isabel de Ceres. | La mujer X. | La dama misteriosa. |
| La princesa mártir. | Las dos huérfanas. | Gente alegre. | Los clavos de la Virgen. |
| Ramona. | La canción de la estepa. | Mar de fondo. | Pareja de baile. |
| Dos amantes. | El precio de un beso. | La llama sagrada. | Alma libre. |
| El príncipe estudiante. | La rapsodia del recuerdo. | La ley del harén. | Al Capone (Pánico en |
| Ana Karenina. | Delikatessen. | La fruta amarga. | Chicago). |
| El destino de la carne. | Del mismo barro. | Vidas truncadas. | Mi último amor. |
| La mujer divina. | Estrellados. | La fiera del mar. | Muchachas de uniforme. |
| Alas. | Cuatro de Infantería. | Tabú. | Marido y Mujer. |
| Cuatro hijos. | Olimpia. | El pasado acusa. | Mata-Hari. |
| El carnaval de Venecia. | Monsieur Sans-Gêne. | Papá piernas largas. | Congorilla (fuera de se- |
| El ángel de la calle. | Sombras de gloria. | Trader Horn. | rie). |
| La última cita. | Mamba. | Un yanqui en la corte | Carceleras. |
| El enemigo. | Ladrón de amor. | del rey Arturo. | Erased una vez un vals. |
| Amantes. | Molly (la gran parada). | El código penal. | Hombres en mi vida. |
| Moulin Rouge. | El valiente. | La pura verdad. | Niebla. |
| Los cuatro diablos. | ¡De frente... marchen! | Maternidad, o el derecho | Rebeca. |
| ¡Ríe, pavo, ríe! | Prim. | la vida (fuera de serie). | Indeseable. |
| Volga, Volga. | El presidio. | Carbón (La tragedia de | Tarzan de los monos. |
| La sinfonía patética. | Romance. | la mina). | El terror del hampa. |
| | El gran charco. | Estudiantina. | |
| | Tempestad. | Las peripecias de Skippy. | |

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximos números:

La deliciosa novela

Chica bien

Por JAMES DUNN, PEGGY SHANNON,
PENCER STRACY etc.

Es un film FOX

En preparación:

Recién casados

por la pareja ideal IANET GAYNOR
y CHARLES FARRELL

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Acaba de aparecer con gran éxito
la nueva publicación

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Asuntos selectos, escogidos entre
los mejores

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO

por Elissa Landi, Victor Mac
Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO

por Brigitte Helm

AMOR PROHIBIDO

por Adolphe Menjou y Bárbara
Stanwick

Nutrido texto - Interesantes ilus-
traciones - Lujosa presentación

Precio: 50 céntimos

¡No se deje sorprender!

Exija siempre las novelas cinematográficas de

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. - BARCELONA

En breve el
nuevo e ilustrado
CATALOGO

de las
inimitables

EDICIONES ESPECIALES

de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pídale desde ahora y se
le remitirá, por riguroso
turno,

GRATIS

E. B.

Precio: Una peseta

1' 50